

do, almacenes servidos por cuatro mil y tantas mujeres, fuertes, elegantes y bonitas...

Disponemos de tiempo sumamente estrecho y aunque sólo hemos pintado, con breves brochadas, un trozo de Broadway, es indispensable salir de esta calle en que delira el movimiento y en que se tropieza a cada paso, con el tráfico de las agitaciones de la vida, es forzoso salir para otra parte que hemos visitado ya los almacenes fabulosos, como los de R. H. Macy & Co., en cuyos compartimientos colosales, hay fábricas de telas de lana y de algodón, hay telares para tejer las telas más finas de seda; hay máquinas de elaboración de chocolates; hay miles de brazos desnudos, en combate con el destino; hay miles de cabezas febricitantes, ocupadas en resolver los problemas financieros de más alta trascendencia... es forzoso salir pronto y salimos...

XIII

NUEVA YORK, DE DIA

Por la Quinta Avenida.—Enfermedad de verlo todo.—La Biblioteca de mármol.—Esquina de la Quinta Avenida y calle 42.—En el Parque Central.—Cascadas de chispas de iris.—Remansos de claridades.—Olvido del almuerzo.

Nos hallamos fatigados... un autodiligencia... estamos en él. Acercamos diez centavos a la ranura de esta maquinilla que nos la presenta el conductor y al besarla delicadamente la moneda, automáticamente, nos la arrebatada de la mano y se la traga... nos sentamos en la primera fila de asientos de la sobrecubierta del vehículo, dulcemente y nos deslizamos con grande suavidad, por este hermoso plano de la Quinta Avenida, en dirección Norte y andamos Avenida y más Avenida, con la satisfacción que suele donar la plenitud de la posesión del alto bien de la necesidad satisfecha.

Y mientras pasamos por el sendero, tenemos ocasión de admirar, como admiramos, los palacios de los millonarios, de corte irreprochable, en el tribunal del arte. Vemos estas *residencias* de granito, estas residencias de mármol, con pasmo que enmudece, pues que la carencia de estética, de los edificios yanquis, ha privado en nuestro criterio, por las informaciones falsamente apasionadas, antes de ver con nuestros propios ojos, lo que estamos viendo.

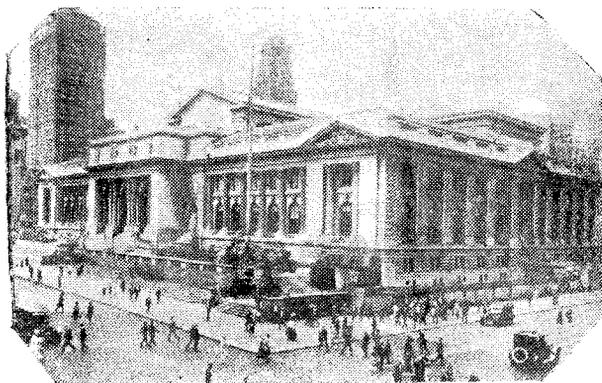
Este edificio de tallados y dibujos de encajes de Valencia, en el mármol reluciente, nos obliga a sacarnos el sombrero, para saludar el renacimiento de la gracia y los donaires de la belleza ideal...

Aterricemos aquí delante de este edificio de mármol, sobrio de altura, sin los escándalos de elevación de los rascacielos, situado en esta esquina donosa de la Quinta Avenida y calle 42.

Este elegante palacio de mármol, es la Biblioteca Pública que va, desde esta calle 40 hasta la calle 42, ocupando dos manzanas.
¿Su costo?

Poca cosa: ¡nueve millones de dólares!

Este edificio debe llamarse casa de la sabiduría, por guardar en sus entrañas, grandes tesoros de ciencia, un enorme caudal de literatura y grandes depósitos de sabiduría escrita, en los tres millones y medio, de volúmenes que enriquecen la bibliografía de esta Biblioteca Pública.



Biblioteca Pública

Nueva York acude a este depósito cristalino de sabiduría humana, para templar su sed de saber, y beber de sus aguas limpias, hasta la hartura, sin que se agote el caudal...

Esta Biblioteca es un adorno primoroso de esta Quinta Avenida y una joya de la ciudad...

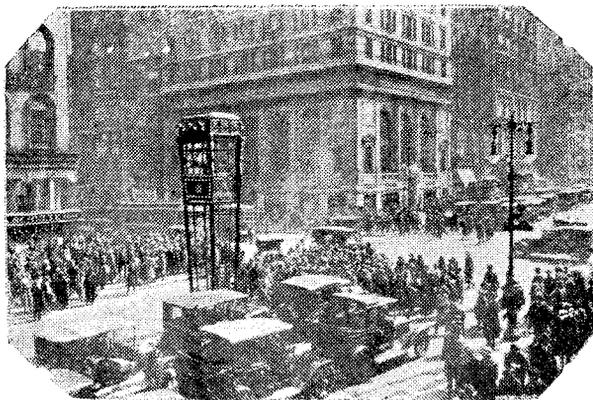
Aunque este edificio no nos roba ni el aire ni la luz, con todo queremos aire, mucho aire; queremos luz, mucha luz, que la altura de los edificios que no son el de la Biblioteca, nos asfixia y nos marea; no obstante tener la cabeza a prueba de mareos; queremos respirar la pureza de los aires libres; hijos de un valle de sono-

ros huracanes, nos desvivimos por los aires libres; queremos respirar con fruición, los no aprisionados por las cumbres de la ciudad; queremos meternos en uno de los pulmones inmensos de Nueva York, para recorriéndolo, vivir la vida de la libertad de respirar... Encaminémonos al Parque Central, dejando de contemplar este palacio de la sabiduría escrita; dejando de contemplar este depósito de cosa de siete mil periódicos...

¿A qué apurarnos, si estamos en este paraje más traficado, más suntuoso y más bello de esta preciosa Quinta Avenida?

¿A qué apurarnos, en buscar el Parque Central, sin vivir el minuto de felicidad en este sitio?

Detengámonos aquí, en esta intersección de la Quinta Avenida y la calle 42, en esta esquina que supera en belleza, a todas las esquinas de las calles de esta fornida ciudad...



Quinta Avenida y calle 42

Esta esquina es un reluciente *pandentif* conque se atavía la ciudad, a todas horas, para ostentar donosura y gentileza en su persona.

El tráfico en ella es incalculable y en siendo imposible regularizarlo desde tierra, se construyó esa torre desde donde el

gendarme dicta úkases para reglar el movimiento de las apiñadas multitudes, para evitar desgracias.

Estamos de pies, mientras se descongestiona el tráfico... ya comienzan a desfilar los apretados grupos de nuestro lado: avanzamos poco a poco en la dirección ordenada por el gendarme; estamos ya en vía libre de estorbos; encaminémonos al Parque Central tomando de nuevo el vehículo... Estamos en las lindes de parque tan renombrado: llegamos al fin.

¿Su largo?

Poca cosa: más de media legua.

¿Su ancho?

Pequeño: muy pocas cuadras.

¿En dónde entrar en este laberinto peor que el histórico de Dédalo?

Tendremos una Ariadna que nos preste un hilo protector para salir victoriosos de la dificultad.

Si entramos, extranjeros y solos, ¿por dónde salir del desconocido rompecabezas?

Audaces fortuna jubat... ¡Adentro!

Descendemos una pendiente suave, no sin escaparnos de ser atropellados por un granuja que rueda en ella sobre un patín, con la agilidad de una rueda que da un millón de revoluciones por segundo... y venimos a posarnos en la punta de esta roca viva que da su crestería a los espacios, y proyecta sus picachos en el temblor de la superficie de ese estanque trabajado para que las almas de los soñadores, para que los espíritus de los romeos de la poesía, vivan la gloria de la belleza, un minuto, en éxtasis de siglos...

Subidos aquí, nos sentimos felices, deverasmente felices en la apacible soledad y gorjeamos en gorgoritos de luz, oraciones de plácida armonía, a nuestra Señora de los Ideales, la Poesía: escribimos versos...

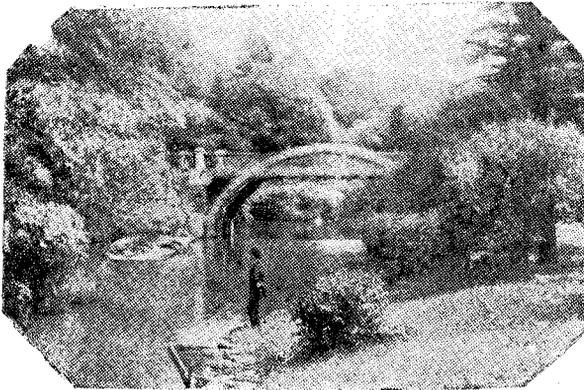
¿Queréis regalar el oído, en sus ritmos sonoramente musicales?

Dejemos estos divinos trocitos de palabras, de luces de Bengala, con remates cristalinos de idéntico sonar, dejemos para otro

momento, que si acertamos a dar algún feliz brochazo, copiando cualquiera de estas encañadas pintorescas, cualquiera de estos bosquecillos olorosos, cualquiera de estos recodos paradisiacos, cualquiera de estas terrazas de esmeralda, cualquiera de estos estanques en que bulle la alegría y sonríe la pureza, cualquiera de estas mil cascadas en cuyo fondo de chispas, se descompone el iris, en luces policromas, cualquiera de estos remansos que yerven claridades, en festiva placidez; dibujaremos un cuadro primoroso.

Contemplamos con amor, desde aquí, desde la orilla, esta laguna besada devotamente por el armiño de los cisnes y nos inebriamos de arte y de belleza, en la apacible soledad...

Si acertamos a dar algún feliz brochazo, copiando los colores de estos pájaros que hablan, cantan y ríen, que moran en casas de flores y se alimentan de ambrosia; copiando cualquiera de estos kioscos con techumbres de parra; cualquiera de estos



Vista del Parque Central.

monumentos que recuerdan el talento, la audacia, el genio, la valentía, el patriotismo, la ciencia y el ingenio, en todos sus aspectos; cualquiera de estas selvas de follaje amarillento que asombran los bancos de descanso; cualquiera de estas innumerables donosuras que embellecen el paisaje; haremos un cuadro en que

palpite la belleza, animada por el espíritu del arte... escribimos poesía, en renglones largos y libres, sin quererlo.

La empresa es ardua, no intentamos siquiera templar el lienzo, para bosquejar el dibujo de algo bello que hemos visto y que vemos en este instante; no intentamos imprimir en la cinta de nuestras rápidas películas, ni un contorno, ni una línea primorosa de este parque...

Comenzamos a quererles a estos yanquis, porque no son lo que pensamos de ellos, en nuestras aldeas, con el nombre de ciudades; comenzamos a quererles a estos hombres poderosos, por la poesía que han regado a torrentes, en esta metrópoli poderosa, según nos lo atestiguan tantas maravillas, con que han bordado parques como éste, con que han exornado monumentos y palacios...

Son las tres de la tarde, recordamos que no hemos almorzado aún, ni tomado desayuno, porque estamos aquí desde muy por la mañana.

Si el alma gusta de bellezas; el estómago —tirano de los hombres— pide pan.

Volveremos muy en breve...

XIV

NUEVA YORK, DE DIA

*El divino vidente.—Otra vez, en el Parque Central.—El alma del
censueño.—Gorriones que piden pan.—El amor a los animales, por
educación.—La amistad de las ardillas...El poeta del sonido.—
La avenida de los inspirados y videntes.*

Descendamos en esta plaza, descendamos del tranvía, para entrar de nuevo, en el justamente renombrado Parque Central, por esta esquina... ¡Qué monumento tan magestuoso!

Cristóforo Colombo... Colón, el divino vidente de la mitad del mundo!!... Estamos en el Círculo Colón (Columbus Circle).

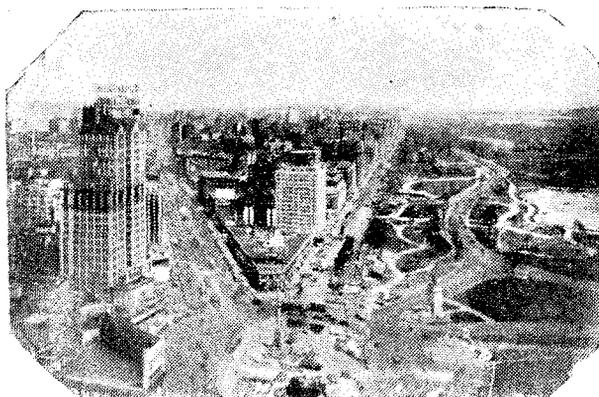
Si el pueblo de Francia, si el pueblo de los derechos de la humanidad, regaló el monumento de la Libertad, de enormes proporciones, al pueblo de la fuerza; los hijos de la Italia del arte, le han regalado el monumento del padre excelso del mundo americano...

El loco de las ignaras multitudes, está aquí, rematando esta columna granítica, erigida, para perpetuar la gloria de sus heroicidades y su fe.

Aunque estamos de prisa, nos detenemos delante de este monumento, pues no es posible dejar de hacer una cinta, con algunos de los lineamientos de Gaetano Russo que dió forma tangible, a este prodigio de arte y de pureza de ejecución.

Carrara ha entregado, como siempre, sus mármoles eternos, al imperecedero cincel de Italia, a que se les dé vida perdurable, en este grupo de estatuas, entre las que descuella, por su magnificencia, la del Genio de la Geografía, en este grupo donde líneas, turgencias y relieves de acabada perfección, palpitan, en las duras rigideces de la piedra...

Visto, unos instantes, el admirable y admirado monumento de la Octava Avenida y Calle 59, y enterados de la fecha de la inauguración —12 de Octubre de 1892— nos inclinamos ante Colón, en este sitio pintoresco, en el que descuella el Hotel Plaza, como centinela gigantesco del Parque Central que se extiende a la derecha, mientras a la izquierda ostenta su señorío, la larguísima calle de Broadway, y entramos otra vez en el magnífico Parque Central...



Columbus Circle

Estamos entre bosquecillos y terrazas, entre estatuas silenciosas y relieves pulidos.

¡Qué larga, recta y luminosa como un rayo de sol, esta carretera! No hay, al alcance de la mirada, en ella, no hay la piedad de una curva que liberte los ojos del tormento de las rectas infinitas... allá, muy allá, distinguimos un punto negro, el punto se agranda y convierte en mancha informe, la mancha se torna líneas y relieves y se forman automóviles que pasan raudamente por ella. ...

¡Qué lagos tan dormidos, qué glorietas más risueñas, qué estanques tan rizados!... Vive en ellos, en perpetua sonrisa, el alma del ensueño.

Si de todo hemos de hablar, siquiera un poco, hablemos de la grata impresión que nos dan este correr y saltar, subir y bajar, ir y venir, por árboles y arbustos, por callejas y avenidas, por matorrales y por gramas, por plazuelas y praderas, por todas partes, de estos millares de ardillas de hociquito de sonrisa irónica, de rabo de plumón de pelos, de mansedumbre sin igual, que son amigas íntimas del hombre, en estos jardines, en estos recodos, en estas encañadas...

¡Cuán hermosa y cuán sincera la amistad de estos animalitos vivarachos, con el hombre!... Al vagar por este bosquecillo, vienen a nosotros, bandadas de gorriones, a pedirnos mendrugos de pan, y nos rodean piando, piando, para obligarnos a suministrarles un poco de alimento...

Cosas de la educación: aquí se les enseña a los niños, a dar de comer a las aves y a fabricar casitas para que se resguarden de la muerte; en el Ecuador se les enseña a matar a los pájaros, con iracundo rigor; aquí se les enseña a proteger la vida de los animales y a quererles y alimentarles en la mano; allá se les adiestra a los niños en el manejo de la escopeta y se les impulsa a la matanza fiera de las aves y de los animales, aún de los más inocentes...

Los niños de aquí, criados en tan humanitaria costumbre, llegan a hombres mansos con las aves, amorosos a los animales; por eso las aves de aquí; estos gorriones agradecidos, cantan a la sombra de los hombres, viven de las migajas que se desmoronan del pan que mascan, revuelan sin preocupaciones, al alcance de sus manos; por eso las ardillas de aquí, aunque de inquietudes de azogue y travesuras de niño sano, como todas, se suben sobre las rodillas de la gente; les olisquean los bolsillos, sin miedo a los maltratos, ni celos de la muerte...

Si educáramos a nuestros niños, inculcándoles el amor a los animales, predicándoles el respeto a la vida de los pájaros, enseñándoles a cuidarles y darles de comer, creemos que serían nuestros hombres, menos afectos al derramamiento de sangre, más humanos con los hombres y ¡claro!, menos revolucionarios, por el horror a la sangre y a la muerte...

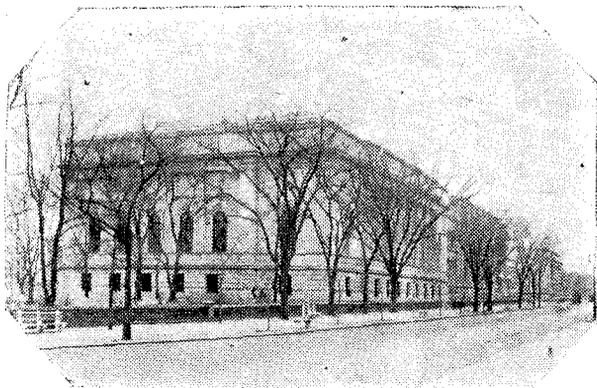
Tingamos bolitas de pan a los gorriones, echamos mendrugos de lo mismo, a las ardillas, y tingando y echando bolitas y mendrugos y atravesando encañadas de árboles de amarillento follaje, pasando por campiñas en que ríe el verdor a carcajadas, cruzando callejuelas silenciosas, toreando en las arterias de este paseo, al auto volador; parándonos a escuchar el rumor de las fontanas, sacando la cabeza de la recta de los hombros para contemplar en las hondonadas artificiales, las blancas estelas de las aguas besadas por el enamorado labio de las brisas; llegamos a esta glorietta en que las bandas militares de la ciudad, regalan a paseantes y *turistas*, con las mejores producciones del genio de los sonidos, durante las tardes de los sábados de verano...

Beethoven, el divino Beethoven está aquí, como puesto al oído en las palpitaciones de la naturaleza, para arrancar de sus secretas y escondidas sonoridades, la belleza de la armonía eterna y el ritmo divinal de sus cántigas más dulces; Beethoven el poeta del sonido espiritual, según el hermoso decir del poeta de la palabra, Beethoven está aquí escoltado por el ángel de la inmortalidad, teniendo en la diestra la lira, en plácida mudez; inclinamos el espíritu delante del vidente, mejor dicho, del oyente en el silencio; medimos lo infinito de nuestra pequeñez, en las altitudes del coloso y vamos a otra parte, atraídos por el fulgor de otras cumbres...

Aquí descuella la estatua del sabio astrónomo Hamilton, erigida junto a este Museo Metropolitano de Arte que se yergue al frente de la Quinta Avenida, circundado de árboles que embelecen, con el follaje, la fachada del edificio.

Se nos ha dicho que es el Museo de Arte, más grande que todos los museos del nuevo mundo. Es un cofre en el que se guarda un gran tesoro de joyas de arte, como pinturas de artistas renombrados, esculturas de cinceles milagrosos, de todos los períodos...

Las siluetas luminosas de otros hombres superiores, se destacan por allá, en medio de esas vastas hileras de esqueletos de sembra, de los árboles añosos; vamos allá, salvando puentes de arquitectura de arte esplendoroso, por cuyas entrañas de mármoles pintados, se deslizan los cristales, sosteniendo sobre sí, el blanco peso de los cisnes y cantando, en gorgoritos, églogas de



Museo Metropolitano de Arte

amor; vamos a ellas trepando alcores que cortan la monotonía de la pampa, con sus turgencias de arrugados declives, en donde se guarecen, como postreras sonrisas del tiempo, las últimas flores del otoño; vamos a ellas, respirando, en veces, el acre olor de las plantas, y en ótras, el sabroso de la gasolina y llegamos... Otra vez Cristóbal Colón ¿El de la columna ya descrita?

No: mira este Colón intensamente lo infinito, ¿buscando un nuevo mundo?...

Sostiene el lábaro de la cruz, en la diestra, teniendo a la sombra de él, un mundo sobre un rollo de jarcias: ¡el mundo robado a los abismos y al misterio, en un momento de sublime inspiración!!

Al frente está el trágico divino, el padre de "Un sueño de una noche de verano", el padre de Julieta y Romeo, el padre de Hamlet, el poeta del dolor, Shaekespeare. Medita cabizbajo, el brazo izquierdo en jarras sosteniendo en la diestra y sobre el pecho, el libro de la eterna poesía, libro entre cuyas hojas vive el pulgar, la vida del reposo...

¿Este?... El genial Walter Scott, sentado sobre un bloque de roca, entre las manos, una novela y entre los dedos de la de-

recha, el lápiz con que escribió estrofas inmortales, teniendo a sus plantas, un lebril en amoroso afán de contemplarle... Roberto Burens, el poeta renombrado y armonioso, reposa sobre un tronco, frente a frente de Scott, mirando el cielo, con los grandes ojos abiertos al misterio de la belleza sideral, las manos caídas, en actitud doliente, sobre el asiento, sosteniendo en la diestra, el símbolo del escritor: la pluma de ave.

Se está sobre un cómodo sillón, Fitz Greene Halleck, para vivir la vida de su gloriosa eternidad, montada la pierna izquierda sobre la derecha, una tira de papel, en una mano, y en la otra la pluma que le dió renombre...

De esta hermosa avenida de los inspirados y videntes, vamos en derechura hacia esas otras figuras que se alzan, en medio de la selva artificial...

XV

NUEVA YORK, DE DIA

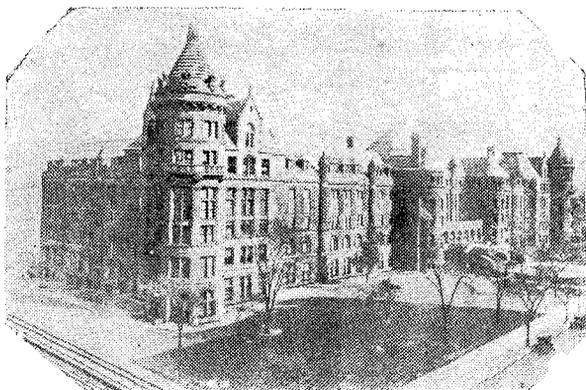
Sigue la visita a los inmortales.—El Museo de Historia Natural.—

La Aguja de Cleopatra.—La tristeza del adiós.

Corriendo y corriendo, llegamos a la estatua del lexicógrafo yanqui, Noe Webster; de aquí a la del físico y electricista Morse; de aquí, a la del padre, entre otras, de nuestra patria ecuatoriana, Simón Bolívar. Trotando y trotando, visitamos entuciasadamente, los monumentos de Mazzini, de Schiller, de Alejandro de Humboldt y Tomás Moore; trotando y trotando nos desparramamos por la inmensidad de estas maravillas artificiales, de estos buenos yanquis, y nos congratulamos de ver tantos millones de energías convertidas en arte y bellezas, gratitud y orgullo...

Descendemos por estas amplias escaleras, a los bordes de los lagos de riberas pintorescas, llenas de enamorados del arte, llenas de perseguidores de la hermosura, para dar pábulo a los deseos del corazón, de contemplar todo lo excelso, laborado por el hombre... los hotes pequeñines, blancos como la leche, balancean, en larga hilera y en suave y dulce vaivén, sobre las olas, en espera del impulso, para surcar las dormidas y rientes aguas...

La vida de Nueva York, no es vida de descanso, es vida de locura y vértigo de movimientos; a caminar, a caminar, que el tiempo termina para nosotros que hemos truncado el viaje para Europa, únicamente para maravillarnos contemplando los encantos gigantescos de la joven metrópoli de los Estados Unidos de Norte América... Aquí está el museo de Historia Natural, en esta Avenida Columbus, repletos sus vastos y variados departamentos, de colecciones acabadas y ricas de Zoología, de Geología, de Etnología y Paleontología, en donde los curiosos y los aficionados a la ciencia y los sabios de verdad, entran de balde todos los días...



Museo de Historia Natural

Estamos en la cumbre de un montículo, apenados de ver que se nos va el tiempo velozmente, porque no nos es posible recorrer cuanto vemos, visitar cuanto queremos, ni gravar en la mente los delicados ideales cristalizados en obras primorosas, por los superhombres de esta tierra en la que admiramos lo que acaso no hemos de ver jamás, en otra parte; estamos en la cumbre de un montículo, con los brazos cruzados apretadamente sobre el pecho, para contener las palpitations del corazón emocionado, delante de la majestad del panorama, y por el fatigoso caminar por todas partes.

Descendemos pausadamente y llegamos a estas callejas sonreídas, por donde discurrimos viendo y admirando los adornos de este Parque, orgullo de Nueva York, de este soberbio Parque Central, construido, no sólo para recreo de la gente, para la salud de los hombres y para solaz de este pueblo de titanes, sino también para morada cariñosa de las aves y de ciertos animalitos...

¡Qué preciosa y vieja maravilla ésta!: es el Obelisco regalado por el Kadive de Egipto, a la patria de Washington. Reza la crónica de esta célebre pieza de sienita, su fe de bautismo. Se-

gún nos lo cuenta, tiene la Aguja de Cleopatra —éste fué el nombre en la tierra del Kadive— la edad de treinta y cinco siglos.

La altura de este raro monumento, de dureza como de diamante, arrancado de las canteras de granito de Syene, mide algo así como setenta pies. Esta joya matusalénica que pesa la miseria de cuatrocientas cuarentiocho mil libras —vecina de este lugar desde 1881— representa un tesoro de vejez y de valor metálico: se cuenta que sólo el transporte costea-do por Vanderbilt importó la puchuela de ciento dos mil quinientos setentiséis dólares...

Evocando en este monumento de siglos, los contornos y perfiles de la reina egipcia, de esa divina Cleopatra, dechado de belleza y donosura, echamos a correr por otro lado, para borrar con las proyecciones de nuevas líneas, de nuevas cosas, las líneas de las cosas momentos antes contempladas; echamos a correr para borrar con nuevos coloridos, los coloridos del paisaje, no ha mucho admirado, con temblor de júbilo...

Estamos por la Terraza y aunque recordamos que tan sólo tenemos una pequeña dosis de café, dentro del cuerpo, seguimos trota que trotarás, por este parque, sin exageración, gloria del mundo. Suspendamos el paso, que hemos llegado a la fontana de Bethesda, hermosamente sugestiva, hermosamente artística, hermosamente ideal...

Aunque en la contemplación estética de este admirable y gigantesco Parque, podríamos permanecer, durante siglos, sin co-



Aguja de Cleopatra

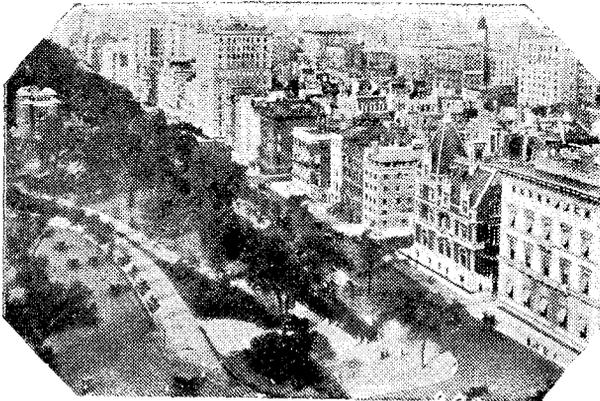
mer ni beber, como el monje de la leyenda, arrobado en los encantos de una flor, es forzoso dejar esta rara maravilla, que comienzan las sombras de la noche, a borrar las cosas...

Pegado el corazón a lo grande y a lo bello, por haber sido organizado con sensiblerías de arte, la tristeza nos lo nubla, al abandonar este paraje, acaso para siempre...

Mas todo tiene su compensación en esta vida, pues sabido es que junto a la enfermedad brota el remedio, lo mismo en lo físico, que en lo moral.

Si se llora, la sonrisa enjuga las lágrimas; si se siente atormentado el corazón, el alivio no se hace esperar por mucho tiempo.

Al abandonar el Parque Central, con el alma dolorida, pisamos la calle 59, desde la que avanzamos a la 60 y al mirar ha-



Retazo del Parque Central y Quinta Avenida

cia el Norte, volvemos a ver esta sección paradisiaca del Parque, de donde hemos salido hace cuatro o cinco minutos, y nos olvidamos de nuestra pena, con la nueva contemplación de este retazo adorable del Parque Central, enjogado con la hilera de casas de la Quinta Avenida, que más que casas, son palacios de

gente opulenta que sobrenada en comodidades brindadas por los millones de dólares de que disponen.

No nos explicamos por qué la turbamulta de latinoamericanos, suele decir que los yanquis no saben lo que es estética, ni tienen predisposiciones para la belleza.

Acaso nosotros mismos participábamos antes, de tan peregrina creencia, pero quien mira estos parajes llenos de encantos, tiene que cambiar de idea, como la hemos cambiado en esta ciudad.

Hay que salir del terruño, para aquilatar el verdadero valor artístico del alma yanqui, contemplando la donosura de estas obras dignas del amor de los enamorados del ideal, en todos los aspectos de la vida...

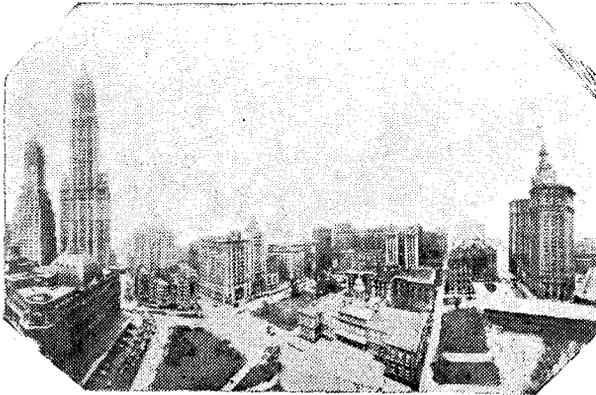
Es forzoso dejar esta maravilla yanqui, para irnos en pos de otras maravillas: como lo pensamos lo hacemos...

XVI

NUEVA YORK, DE DIA

Borbotones de gente, que brotan de la tierra.—El comienzo del trabajo.—El ferrocarril de los aires.—Los ferrocarriles subterráneos.—Las tres vidas.—El respeto a la mujer.—La sobriedad en los lugares de tráfico.

Pero si el estado del espíritu cambia, según el medio en que se vive; si la separación de una persona amada o de un lugar querido, nos desgarran el corazón; si la hermosura de las cosas,



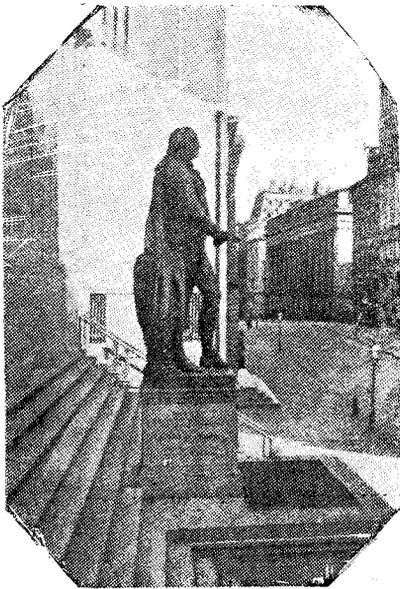
City Hall Park

nos hermosea el alma y si la alegría de las perspectivas nos alegra también, en breve nuestro dolor por la separación del hermoso Parque Central, se desvanece, por las emociones de contento de ver, por primera vez, muchas cosas nuevas y admirables, como este *City Hall Park*, circundado de torres ciclópeas y de palacios admirables..

Para imprimir las imágenes de todo lo que vemos, sería necesario de prolijos lineamientos que ocuparían tomos y tomos de grandes proporciones; como todo esto no es posible ni hacedero, en la estrechez de rápidas películas, nos contentamos con lo que juzgamos más digno de la humildad de nuestro colorido.

El sol borra, en este instante, la oscuridad de los promontorios de la urbe, y derrama el oro de sus efluvios luminosos en la alegría del trabajo que se inicia. Comienza la muchedumbre de las calles, con los rabiosos borbotones de gente, que brotan de las entrañas de la madre tierra; sí, señores, que brotan —sin figuras de retórica— que brotan de los antros secretos de la tierra, en ríos fabulosos de rápido correr...

La curiosidad nos arrastra, de la mañana a la noche muy entrada, por todos los lugares de interés; por esto hemos venido en las primeras horas de la mañana, a las bocacalles, puertas abiertas de las madrigueras de seres humanos a todas horas; a estas bocas que no cesan de tragar y vomitar humanidad, para meternos en sus profundidades y ser una molécula de la gran masa que hierve en ellas, en grandes tumbo...

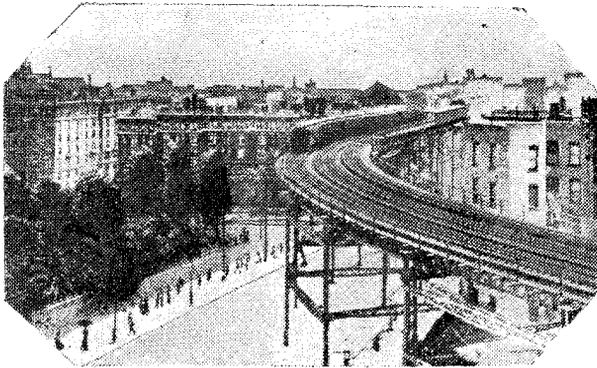


Washington

Detengámonos con reverencia delante de la estatua de Washington, primer presidente de los Estados Unidos de Norte América, detengámonos para tributarle al grande hombre, el homenaje de admiración a que es acreedor, por sus esfuerzos en pro de la libertad de este pedazo de mundo...

Comienzan a abrirse las puertas de los almacenes, las puertas de los obrajes, las puertas de las fábricas, las puertas de las tiendas, las puertas de las industrias de toda especie; los obreros, los comerciantes, los dependientes, los industriales, los buscafortunas, los que corren en pos de la buena estrella, los que van a ofrendar las energías de los músculos, en las fraguas y talleres, los que van a ofrecer sus iniciativas al capital, sus problemas a la ciencia; todos los que quieren pan, no sólo para sí, para los hijos y la esposa, para los padres viejos y menesterosos, todos salen a estas horas del subterráneo, por estas bocas incansables de tragar, incansables de arrojar hombres, del fondo de las entrañas de la tierra, a la superficie de la urbe gigantesca...

Ocupada la superficie de la ciudad por dos mil millas de líneas de tranvías eléctricos, cuya enmarañada red de paralelas, aprisiona casi todas las manzanas de la metrópoli, extendiéndose nerviosamente a lo largo de las calles; se echó mano de los aires y en los aires se pusieron ferrocarriles voladores que van con



Curva del Ferrocarril Aéreo

la velocidad del pensamiento, ensordeciendo los espacios y aturdiendo la ciudad, por las arterias de la población y sus suburbios, aliviando un tantico las premiosas necesidades del tráfico, como puede verse de la curva que publicamos.

Ocupados los aires por doscientas millas de rieles de ferrocarriles elevados, ha tenido la ingeniería, que taladrar el subsuelo de la ciudad, en todas direcciones, para dar paso al movimiento por las duras entrañas de la roca viva, a fin de facilitar el tráfico de los millones de hombres que pueblan Nueva York.

Se suda frío al contemplar los subterráneos de enorme anchura, y al pensar, por un momento, en el caudal de energías, gastado en los horados del granito, para que pasen las rugientes locomotoras, saludando, con el raudo rechinar de sus andares, la civilización de este pueblo de titanes.

Para meterse en estos caminos secretos, alumbrados como el día, por llamaradas eléctricas, o para salir de ellos, a flor de tierra; hay puertas enormes en las bocacalles, siempre abiertas y voraces, siempre tragando hombres y vomitando hombres, en grandes masas...

Nos metemos en este hueco, para tomar el ferrocarril que ha de acortarnos la distancia, a los puentes del río del Este, verdaderos milagros de la ciencia, verdaderos portentos de la mecánica, orgullo de la ingeniería moderna, y mientras caminamos velozmente, vemos con asombro brotar y rebrotar, hacia la superficie, el torbellino de gente que se ajusta, que se aprieta, que se compacta y atropella, por ganar la delantera, por adueñarse de las calles, cuánto antes, para llegar, sin estorbos, al lugar a donde va.

Figuraos, señores y amigos, figuraos que al mismo tiempo, se abran todos los grifos de Guayaquil, y figuraos el brotar del agua, en tumbos de desesperante hervor; figuraos el correr del agua libertada, por calles, plazas y paseos y figuraos la rápida inundación de todos los lugares; figuraos también abiertos después todos los sifones y el derrumbarse de esas aguas, al abismo, formando remolinos y sirtes, y os daréis una idea del brotar de las personas de estas aberturas, del correr por todos los caminos, del inundar todos los sitios y del sumergirse con tronidos de marea, en el subsuelo de Manhattan...

En esta ciudad de los portentos, se vive las tres vidas: la del aire, la de la tierra y la del subterráneo, a la ligera, y notamos con placer que en estas tres vidas, tienen los hombres un respe-

to casi religioso a la mujer; si entra una mujer en un tranvía, si entra en un elevado, si entra en el subterráneo, los hombres de la categoría que fuesen, le ceden el asiento, sin tardanza; si penetra en un ascensor una mujer, sea de la clase que fuese, así sea de la esfera más humilde, los hombres se descubren la cabeza, y viajan con el sombrero a la mano, hasta el fin del camino que lleve la mujer, y notamos admirados, que tanto en los aires como en el suelo, como en las entrañas de la tierra, hay una soledad desesperante: ni en tabernas, ni en calles, ni en plazas, ni en ninguna parte, vemos ni un sólo borracho; pero ni uno sólo, y con la santa alegría de no ver a los hijos infelices del alcohol, embrutecidos por su propio querer, degenerados por su propia voluntad, y anotando con gusto que ni la plebe lleva mal calzados los pies; nos dejamos arrastrar por la loca multitud, desde el fondo del *subway*, a la luz del sol...

XVII

NUEVA YORK, DE DIA

Desconfiad de todo.—El Parque Bronx.—A caminar.—La ciudadcita de los brutos.—Recuerdos de la Patria.

¡Qué casualidad!, hemos brotado en las goteras del Parque *Bronx*, sin haber pensado en ello.

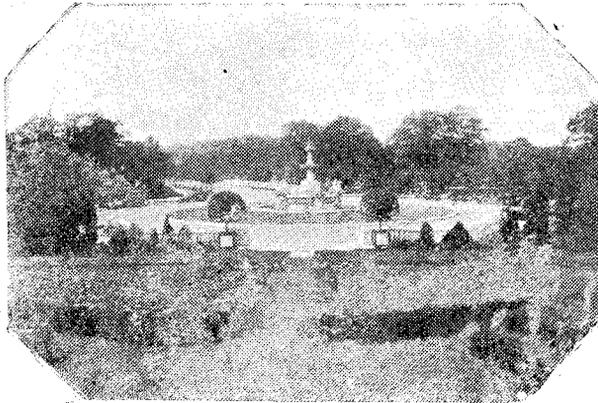
Salimos con dirección al puente de *Brooklyn*, para conocerlo y admirarlo, y caminando en sentido opuesto, brotamos aquí.

Perderse es fácil, en esta red enmarañada de trenes subterráneos, cuando se suele meterse, por primera vez, como nosotros, en todas partes, siempre solos, sin saber comunicarse por medio de la palabra con el resto de los hombres que no saben nuestra lengua, ni el francés, ni el alemán, o que fingen no saberlas, que no saben más que el inglés o que no quieren hablar más que esta lengua; perderse es fácil cuando se anda como nosotros, sin más guía que el propio valor, sin más brújula que el ansia animosa de ir a donde se quiere.

Nosotros que conocemos un poco la regla más útil para viajar: “desconfiad de todo”, desconfiamos muy mucho de los lazarrillos y prácticos porque “más vale solo que mal acompañado”... Casi siempre los prácticos son estafadores y ladrones, cuando no asesinos, ¿para qué entonces hombrearlos con gente de este linaje?

Ya que la suerte nos ha empujado a este otro enorme pulmón de Nueva York, entremos a él.

Puede ser fatigosa la película de este otro valioso recreo yanqui, después de las del Parque Central; para el que la sea, que no nos siga, que se siente en esta banquetta y nos espere, contemplando esta fontana rumorosa, este bosquecillo fragante, y estas callejas relucientes...



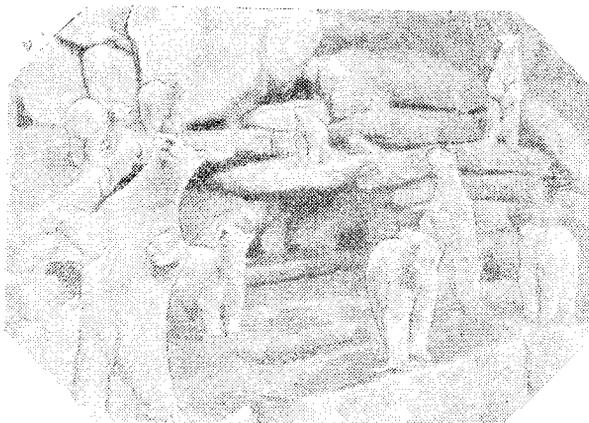
Fontana de la entrada del Parque

Aunque este estanque es un delicioso capricho de arte, como ya hemos hablado tanto de los lagos y estanques del Central, no decimos nada ni de las aguas dormidas, con azules y rientes transparencias, ni de los arcos de varillas, que forman la barrera del estanque, pintados de verde claro, ni de los surtidores que lanzan a los aires, como vistosa multitud de chispas de luz, miles de hilos de cristal sonoro y musical, que bajan convertidos en burbujas irisadas de cambiantes multicolores, ni decimos nada de los bordados de plantas y gramíneas que verdeguean en torno de éstas, ni de los blancos cisnes que hienden las aguas, al aire el cuello como una ese y las alas rizadas graciosamente sobre el lomo.

El bosque parece que fuera secular, por la grosura de los árboles y las agrietadas arrugas de la corteza y por la casi languidez de las abiertas ramas... Esos barrancos de allá, parece que fueran naturales; pero es indudable que todos ellos han sido labrados para el recreo y la admiración, por la mano del hombre, según nos lo denuncian esos caminos llenos de sinuosidades caprichosas y esos sembrados de dibujos, llenos de arte y de belleza.

La soledad respira silencio, en esos bosques, y el silencio llena la amplitud de esos caminos; la imaginación descansa al contemplarlos y el espíritu saborea la dulce placidez de lo tranquilo...

Como al judío errante, a caminar, a caminar, nos grita todo, y caminamos por calles solitarias y parajes pintorescos, recitando el "qué descansada vida..." de Fray Luis de León, y caminamos sobre el lomo convexo de puentes tendidos sobre brechas de terreno; por llanuras convertidas en laderas y laderas suavizadas en declives y declives que se vuelven escaleras y es-



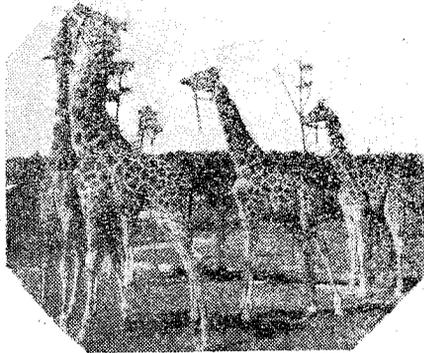
Osos Polares

caleras que se tornan campiñas y campiñas que se esfuman en los panoramas de la borrosa lejanía...

Las cavernas abiertas en las grandes protuberancias de esta roca, en las que entran y salen con perezosa majestad, estos osos enormes de los polos, blancos y peludos; y en que unos están en dos, avisorando el infinito, otros en cuatro, pensando en sus viviendas nativas y otros en cuclillas, apenados de verse en presidio; nos avisan que hemos entrado en el Jardín Zoológico del Parque...

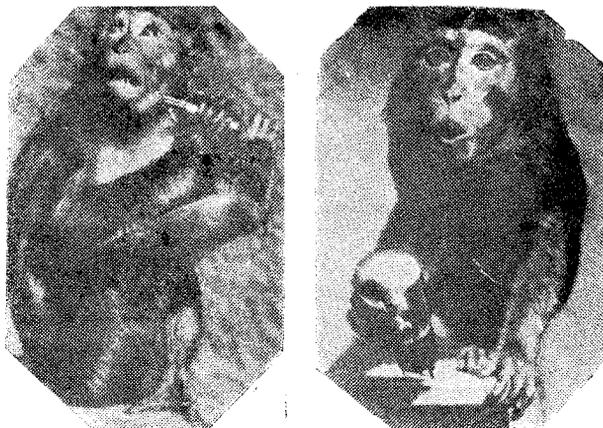
Toda esta superficie de doscientas setentipico de acres de terreno o sea de ciento veinte mil y tantos metros cuadrados, está cubierta de edificios cuyas proyecciones tienen el aspecto de una linda población; casitas por aquí; covachas por allí; jaulas y corrales por todas partes, cruzados por anchas avenidas, separadas por lagunas, unidas por pasadizos, alzadas sobre alcores, metidos en la sombra de árboles añosos, forman el gran todo de la ciudadcita de los brutos...

Desde el sufrido y manso elefante que saca, al través de las rejas del presidio, la flexible trompa, a fin de pillar los mendrugos que le brinda el visitante, hasta el zahino montarás que gruñe erizando las cerdas del arqueado lomo; desde el camello de jorobas de promontorio, hasta el caballo enano; desde la cebra de fajas de negro reluciente, paralelas a las de café claro, tiradas en fondo plumizo, hasta el blanco mular, soberbio por mestizo; desde el búfalo de pescuezo de quintales, hasta el hurilde torete; desde el leopardo de manchas pronunciadas, hasta el jaguar baboso; desde el magestuoso león de melena imponente y abundosa, hasta la pantera de agilidades de relámpago; desde el lobo hasta el lobezno; desde la sucia rata hasta el ratón casero; desde el *cuy* hasta el ratón dorado; desde el mastodonte hasta la hormiga; todo tiene su casa cómoda y decente, todo tiene su guarida... Vemos este grupo de jirafas llenas de manchitas, de pescuezo de leguas, de ijares chupados y redondos, y pasamos; vemos toda clase de animales, pasando por todos los tamaños, por todas las razas, por todas las familias, por todas las especies, por todos los individuos del reino. Los bosques todos del planeta, todas las selvas del mundo, todas las montañas, todos los riscos de todas las montañas, todos los cubiles, de to-



Grupo de Jirafas

dos los riscos, todas las guaridas de todos los cubiles, todos los climas de todas las latitudes, todas las pampas y quebradas, todos, todos han sufragado con sus fieras, con sus bestias, con sus bichos, con sus brutos, en favor de este Parque colosal. ¡Qué colección



Monos en presidio

tan magnífica, tan selecta y tan completa de monos de todo porte y toda edad: los altos orangutanes del Africa y del Asia, pasan de uno a otro lado de su cómoda vivienda, con la gravedad de grandes caballeros. Junto a ellos descansan esos chimpansés sosteniendo el uno en las bellotas y largas manos, algo como una pistola, mientras mira al cielo en ademán trágico; en tanto el otro tiene gesto de admiración y de dolor. ¡Qué tristeza la de los pobres! ¡qué pena que demuestran en su modo de ser!... Tal vez han envejecido en la prisión, acaso tienen, en este instante, la nostalgia de su perdida libertad, acaso piensan en su vida de calabozo, acaso echan de menos, los silencios y amplitudes de la selva nativa...!!

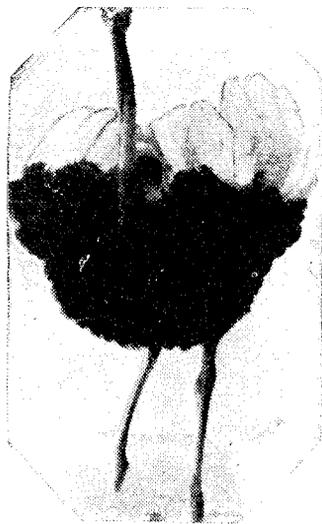
El águila caudal revolotea entre los hierros, enamorada de los aires y el espacio, suspirando por el sol; el cóndor acurrucado sobre un trozo de granito, envuelto el cuello en su blanca

gorguera, piensa en la helada crestería de los Andes y en el terso corderillo que solía raptar en la hondonada, a la oveja baladora... ¡Patria, patria dulce y adorada, vemos el resplandor de tu grandeza, en la pequeñez del gorrioncillo!!... ¡Cuán hermosa te muestras a nuestros ojos, avecilla, por recordarnos las cumbres de los techos serraniegos, en que cantas tus tristezas, elevando el pico hacia los cielos!!...

¡Qué enormidad de jaulas!: tienen dentro, una atropellada multitud de mariposas que vuelan agitando el colorido de sus alas, en combinaciones de tonos no soñados por el iris!!... Pero qué bulla de todos los diablos, meten estos loros de cabezas amarillas; estos papagayos de colores encendidos; qué bulla meten, presos de una pata en el grillete del columpio.

No extrañan de sus pampas y sus selvas, de sus bosques y sus flores, estos pájaros de las cinco partes del mundo, coleccionados aquí, con paciencia y sabiduría grandes, porque tienen también aquí sus bosquecillos, espacio inmenso en que ejercitar el poderío de las alas, flores para mantener risueña la existencia, murmurios para imitarlos con las modulaciones de su voz y mieles para saborearlas con deleite y perfumes, para respirar más suavemente... Si admiramos la infinita pequeñez del pájaro-mosca, acaso del tamaño de un mosquito, tenemos en este pájaro-mastodonte, la impresión contraria: dos metros, por lo menos, es el grandor de la estatura de este avestruz forzado, que si no tiene alas para el vuelo, tiene zancas para la carrera, semejante al vuelo...

Caminamos por esta mansión, en que caminan, a su vez, las multitudes que quieren descanso y que lo buscan en este parque huyen-



Avestruz

do de las fatigas de la ciudad de los movimientos desesperadamente locos...

Después de haber visto, en sus rústicas viviendas, toda clase de animales domesticados, después de haber filosofado un poco,



Tigres en asecho

sirviéndonos de tema, la vida de los brutos recolectados en este Jardín Zoológico; pasamos por la morada de los tigres, dos de los cuales dejan ver sus robustas musculaturas, entre juncos y cañas, como asechando víctimas de sus voracidades, en la selva.

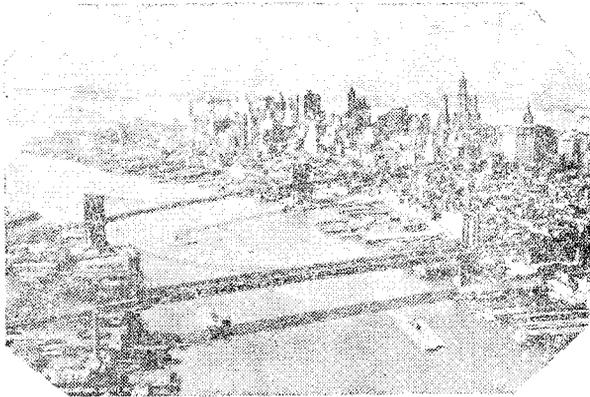
Salgamos de la vieja estancia de los viejos *Dorillard*, visitando a toda prisa, algo de la ciudad de casas de vidrio, en cuyos compartimientos viven, en sus climas, todas las especies de la flora del mundo...

XVIII

NUEVA YORK, DE DIA

Los puentes de Brooklyn, Queensborough, Manhattan y Williamsburgh.—Milagros de Hierro.—La muerte de nuestro antiyanquismo.—La teología del martillo.—Pujanzas bravías y realidades pasmosas.

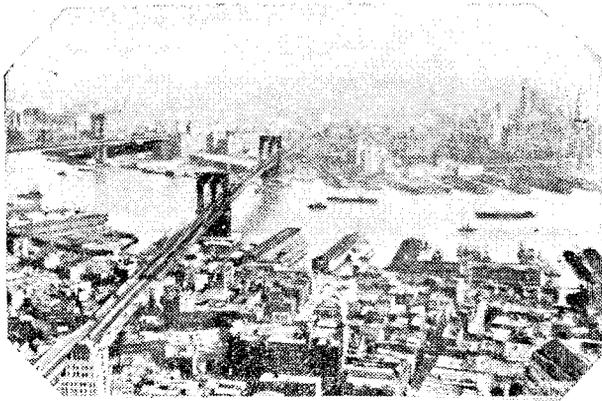
Siempre no hemos de errar el camino: hoy no nos ha pasado lo que ayer; dijimos al salir del hotel: a los puentes y hemos llegado, sin mayores tropiezos, al punto que nos propusimos.



Puente de Brooklyn, con vista Este del Bajo Manhattan

Comenzamos la visita de puentes, por el renombrado puente de Brooklyn, cuya vista, en la parte Este del bajo Manhattan, puede verse aquí; comenzamos la visita de admiración, por el puente de Brooklyn, antes que por los puentes nuevos, más gallardos y

monstruosos, al decir de la gente que nos asesora y nos da luces, que el soberbio Brooklyn, soñado por Adams, allá por 1855; empezado en 1867, por Juan A. Roebling, arquitecto del puente sobre las cataratas del Niágara; concluído por Guillermo Roebling e inaugurado y puesto al servicio público, en Mayo de 1883.



Puente de Brooklyn con panorama de Manhattan

Este puente tiene de largo, desde Manhattan hasta Brooklyn, seis mil quinientos treintisiete pies, como puede palpase, en esta nueva vista que presentamos, con el panorama de Manhattan y Brooklyn.

Este viejo portento de ingeniería, cuya mole está sostenida por cables rollizos de hierro, atraviesa el río del Este, desde 1883, como dejamos dicho.

El tráfico, en este puente, es admirable, por las congestiones de humanidad, sobre todo, en las horas en que comienza el trabajo de los obreros y en las en que termina, por la tarde.

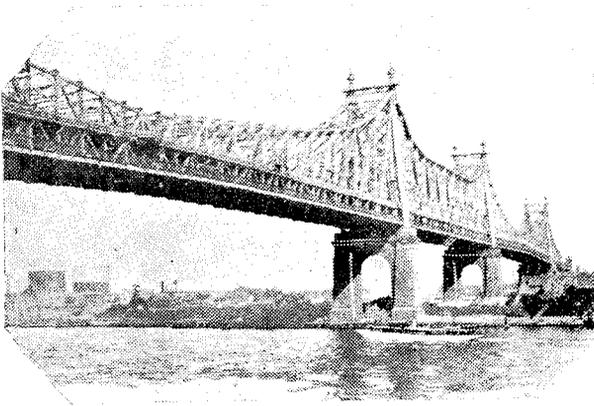
Después de recorrido este puente; nos dirigimos a los ótros, comenzando por el puente de Queensborough... Lo recorreremos desde la calle 59 y la Quinta Avenida, lugar en que principia, por Manhattan, para terminar en *Long Island*, sobre el río del Este.

Lo tenemos delante de nuestros ojos, y al mirarlo y contemplarlo, sentimos el mismo orgullo del hombre que esta obra concibiera, como si nosotros la hubiéramos concebido; se nos baña el corazón en vanaglorias, como si toda esta encumbrada montaña de hierro, alzada por brazos omnipotentes, fuera trabajo nuestro; nos sentimos con fuerzas de titán, figurándonos que hemos alzado este monumento, del fondo del abismo.

Nos hallamos gratamente impresionados de ver este magnífico puente que comenzamos a pasarlo. Vemos la hora y adelante...

Vamos a pie para medir el tiempo que se gasta en caminar los siete mil seiscientos cuarenta pies de largo de la comba de este aborto de ingeniería, vamos a pie para examinar con más detención y prolijidad, la rara variedad de caminos abiertos sobre esta inmensidad de hierro, vamos a pie para admirar más despacio, los arcos gigantes, las torres encumbradas, los balcones magestuosos, las robustas trabazones y los mil y mil extraños cruzamientos del ordenado laberinto de este trabajo de titanes.

Ya estamos delante de los arcos de las primeras torres; para atrevernos a describirlos, sería menester de toda la pujanza del brazo omnipotente que los ha alzado del fondo del abismo y los ha suspendido en los espacios; para atrevernos a descri-



Puente de Queenborough

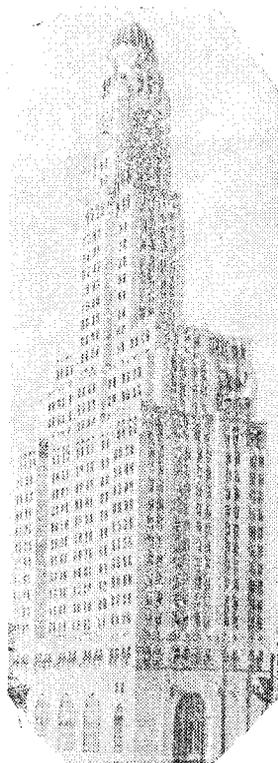
birlos, sería menester del prodigioso ingenio que ideó tanta grandeza; sería menester del misterioso poder del taumaturgo que hizo este milagro de hierro, colgado de los aires!!...

Delante de la majestad de este monstruoso puente de Queensborough, la "Ponderación cae de hinojos y la Hipérbole enmudece y la Alabanza es incapaz", y atónitos, nos es dable solamente quitarnos el sombrero y, descubierta la cabeza, honrarnos en tributar pleito homenaje, a los superhombres que concibieron y ejecutaron, obra tan superior a la pujanza humana!!...

Confesamos con suma ingenuidad, que sobre el lomo de este puente, muere, en este instante, nuestro irritado antiyanquismo. Esta montaña de elocuencia de barrotes de hierro, que habla al mundo y a los siglos, de la civilización de este pueblo viril, de este pueblo sin imposibles, ha avasallado, de un golpe formidable, toda la insolente tiesura de nuestras preocupaciones antagónicas a los modernos cíclopes que, a golpes de martillo, obligan a brotar montañas en los aires o encumbran edificios que dan con la testa en los cielos, como el Banco de Ahorros Williamsburgh, situado en la Plaza Hanson, al frente de la estación ferroviaria de Long Island...

Pero entiéndase bien: si admiramos las rudas virilidades del yanqui poderoso, y si en fuerza de la admiración, dejamos de serle hostiles casi por sistema; no quiere decir esto, que saltemos al otro extremo: al del partidismo ciego.

Les admiramos a los yanquis, en lo que son admirables; pero seguirá



**Banco de Ahorros
Williamsburgh**

nuestra animadversión profunda, a sus asaltos a la humanidad, a su insaciable voracidad de imperialistas...

Señores y amigos, de esto no se puede dar razón sin estar iniciados en los secretos de la mecánica. Se ve todo esto, se admira, se maravilla, se pasma y se calla... Hay cosas inaccesibles a la descripción, por las flaquezas del lápiz...

¿Cuántos miles de toneladas de acero tiene este promontorio artificial?

¿Cómo se ha levantado del abismo a lo infinito?

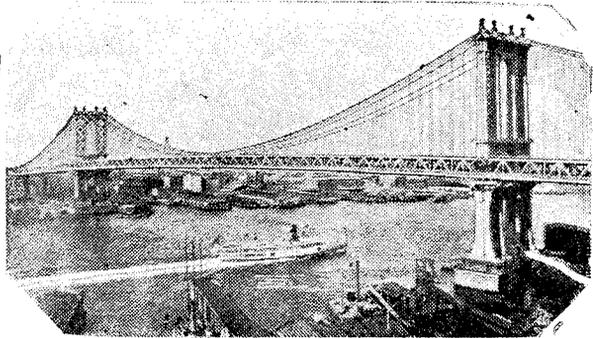
No tratamos de responder estas preguntas: admiramos la obra y el brazo omnipotente, y nos hacemos crédulos y viendo por nuestros propios ojos, que son posibles y hacederos los milagros, creemos en ellos, bendiciendo el famoso ver y creer...

Hay aquí para todos los gustos, para todas las necesidades, para todas las urgencias: grandes avenidas para los que no teniendo cómo pagar el ferrocarril o el tranvía, han de pasar a pie y también para los que teniendo para pagar, prefieren, como nosotros, ir a pie, para saborear mejor lo dulce de estas cosas... vías para coches, caminos para automóviles, terraplenes para carretas, rieles para ferrocarriles, rieles para tranvías: hay para todos los medios de locomoción y para todos los gustos...

Llegamos a la mitad del puente: instintivamente nos volvemos a sacar el sombrero, saludando al progreso de este pueblo, saludando a las cabezas que concibieron la idea de tender en los aires toneladas y toneladas de acero, sin que sucumban a la ley de la gravedad, saludando a los brazos que se han burlado del abismo, abriendo en el éter, caminos para el hombre, para demostrar con la teología del martillo, que existen milagros...

El reloj: ¡ajá!, hemos gastado cincuenta y nueve minutos en atravesar este coloso de los espacios... por ferrocarril sólo gastamos cinco y por tranvía, once... Nos damos el placer de pasar este portento, a pie, en ferrocarril y en tranvía...

Estamos delante de algo más sorprendente todavía: delante del puente de Manhattan, de 8.447 pies de largo y 120 pies de ancho, con muchas líneas para carros eléctricos, con muchos rieles



Puente de Manhattan

para ferrocarriles, con muchos caminos para automóviles, con muchos caminos para carros y carretas, para coches y *taxicabs*, con muchas avenidas para peatones; ésta es una red desesperante de vías de comunicación, con pisos altos y pisos bajos, con escaleras y escalinatas, con mil demonios...

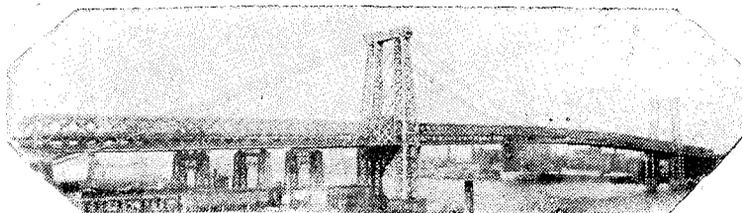
Está este puente fenomenal, suspendido de los aires, entre los puentes de *Williamsburgh* y de *Brooklyn*, con rara majestad!!...

Une Manhattan a Brooklyn, dando al panorama, el encanto de una maravilla del mundo, como pueden admirarlo en la vista que ponemos a la contemplación de los lectores, en la que se ve el famoso puente, sobre cientos de embarcaciones que pueblan el hermoso río del Este.

Como hemos salido a ver puentes, saturemos la curiosidad de puentes y más puentes... Llegamos al Puente de *Williamsburgh* y volvemos a la pasmosa admiración...

Lo vemos, sentimos nuevas y hermosísimas impresiones en este desfile pasmoso de carros, en este volar de trenes, en esta procesión de carruajes, en este diluvio de paseantes. El que quiera impresionarse gratamente, el que quiera sentir la casi paralización de las facultades sensoriales, por el asombro nacido de

estos exponentes de la pujanza bravía del progreso, que se venga acá, pues toda descripción será algo diminuto y pálido, en presencia de esta realidad gigantesca y brutal...



Puente Williamsburgh

El Williamsburgh combina el tipo del puente colgante con el de contrapeso, en sus 7.308 pies de longitud, con gallardía que es orgullo del mundo. Se nos cuenta que fué inaugurado en diciembre de 1903 y que la obra costó veinticuatro millones ciento ochenta y ocho mil noventa dólares.

¿Veremos puentes mejores que éstos, en el mundo que no sea Nueva York o siquiera iguales?

No hay sobre el haz del planeta, pueblos como éste, que cuenta, como centavos, los millones de dólares... sin muchos millones de monedas, no hay obras colosales...

XIX

NUEVA YORK, DE NOCHE

Monopolio del gentilicio americano.—Ríos de luces de Bengala.—

Globos multiformes de ascuas de colores.—Broadway es indescriptible por la noche.—Soñamos en la gloria de la luz.

Por no abusar de la paciencia de los que han tenido la amabilidad de seguirnos durante el día, por entre esta urbe heterogénea, en la que todos son ciudadanos de Nueva York, sin que casi nadie sea nuyorquino, no les invitamos a verla por la noche; pero si nos siguen, nos sentiremos honrados, con tan grata compañía...

Ya hemos visto de día, que nadie entra en la libérrica ciudad, sin dólares en el bolsillo: los limpios están vedados de pisar tierra de Nueva York, por los reglamentos del Estado: ¡Qué hermosa libertad!...

Ya hemos visto de día, que quien no muestra dinero para comer siquiera un mes; no atraviesa el umbral de las puertas de este hermoso puerto yanqui: se va con la música a otra parte... ¡esto es muy humano!

Ya hemos visto de día, que el imperio de la democracia tiene tremendas rigideces en eso de la igualdad de tarifas de transporte urbano: en los vapores de las rías, no hay asientos, ni locales de preferencia, que desnivelen el precio; millonarios y léperos pagan lo mismo, sucediendo cosa igual en *elevados* y tranvías, etc.

Ya nos hemos enterado, de día, que va un hombre a la cárcel, por quitarme allá esas pajas: por mirar a una miss!...

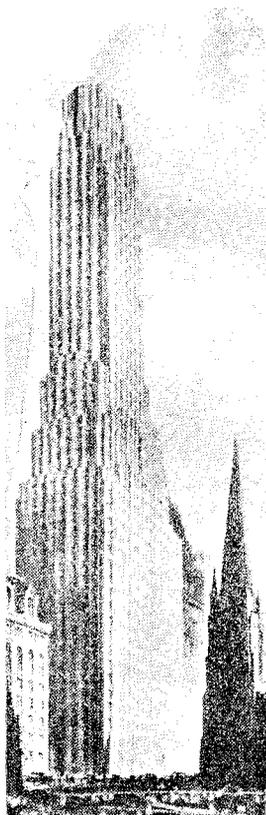
Ya nos hemos enterado, de día, que quien quiere establecerse en Nueva York, con negocios de cualquier linaje, para trabajar en cualquier forma; tiene de nacionalizarse: chinos, españoles, árabes, africanos, turcos, franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos, etc., etc., dejan de ser chinos, españoles, árabes,

africanos, turcos, franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos, etc., etc., para convertirse en ciudadanos americanos, si han de abrir aquí fonda, café, caramanchel, pulpería, bazar, botica, joyería, etc., etc.,

El egoísmo de la *ciudadanía americana* es espantosamente único; aquí se ha monopolizado, de modo sobradamente despótico, hasta el título de americano: los de Centro y Sur América, son lo que ustedes quieran, menos *americanos*; ¡no hay libertad ni para conservar la propia nacionalidad, en la República modelo!!

Ya hemos visto, de día, que las multitudes no tienen la solidaridad de la alegría, de la santa alegría: no cantan, no ríen, no sienten el placer sabroso de vivir!; son más bien masas humanas envueltas en una atmósfera de tristeza: ¡de la tristeza de la Patria, lejana!...

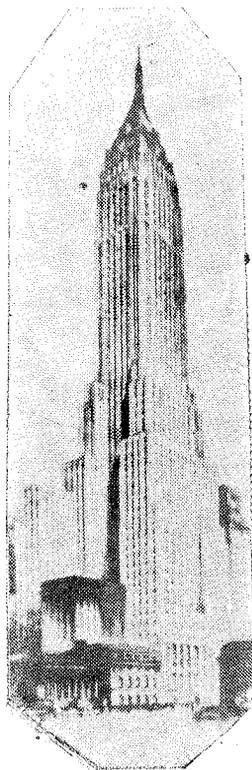
Ya hemos visto, de día, que para entrar en los *ascensores* para subir a los rascacielos como éste, de cincuenta pisos, ubicado en Wall Street y Broadway, construido en época no lejana a la aparición de este libro; que para entrar en los tranvías, en los ferrocarriles subterráneos; todo días lanza el cigarro, todo días bota el cigarrillo, todo días apaga la pipa: esto es atroz, dicen los fumadores; esto es magnífico, los que no fuman, pues maldita la gracia que les dispensan a éstos, esas bocas convertidas en volcanes, esas narices convertidas en chimeneas, y maldita la gracia que les dispensa a aquéllos, la falta de un salón o reservado para fumar, cuando les vengas en ganas.



Irving Trust

Aunque por no abusar de la santa paciencia de cuantos se han dignado acompañarnos durante el día, no nos metemos a hablar de la nueva Aduana, de estilo Renacimiento italiano, toda ella de granito, ni de la Oficina Principal de Correos, alzada en la Plaza del Ayuntamiento, a costa de diez millones de dólares; no nos metemos a hablar de la grande y elegante y magnífica residencia de *El Times*, en la calle 43, ni de los inenarrables montones de joyas de comerciantes judíos; no nos metemos a hablar de la visita a la tumba de Roberto Fulton, en el cementerio de la Trinidad, ni de la Bolsa en donde los hombres presas de la fiebre de los negocios, dan pruebas palmarias de que están locos de remate, por la furia de los gritos, por las gesticulaciones grotescas, por las carreras desesperadas, por los pelos erectos, las bocas abiertas y los ojos saltados; ni nos metemos a hablar de *restaurantes* automáticos, ni del precioso *Parque de Brooklyn*; ni nos metemos a describir edificios como torres, semejantes a este Banco de Manhattan, ni tantas cosas dignas del recuerdo apasionado; queremos con todo, queremos rogarles y les rogamos ir con nosotros por esta ciudad gigantesca, durante la noche, para, imprimiendo en esta última película, siquiera microscópicamente, las grandezas luminosas de este pueblo, despedirnos de él, acaso para siempre... ¡Hay tanto mundo!...

Llega la sombra, madre del reposo y del misterio... estamos en la calle 14... caminamos en la calle 23... corremos en la calle 43... discurrimos en la calle 42... trotamos en la calle 59... pasamos por la calle 125... estamos en cuantas calles podemos y mientras todas ellas son ríos apacibles de luces de Ben-

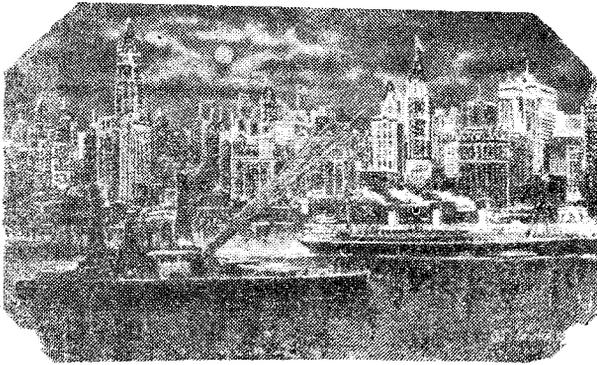


Banco de Manhattan

gala, en gracioso voltejeo de olas de colores, mientras el aspecto de estos caminos interminables, simulan procesiones fantásticas; ruedan por la clara superficie, tranvías, como hornos encendidos, automóviles, con ojos de llamas rutilantes y cegadoras; rueda la gente envuelta en el claror eléctrico, como por las encañadas del Olimpo...

¡Esto es, señores, de cuento de fantasía oriental, sin embargo, es realidad tangible!...

La metrópoli no sólo se alumbra; se envuelve en policromías que le dan el aspecto de un inmenso campo erizado de montañas que respiran perennemente, fuegos fatuos, como se ve en el horizonte de Nueva York desde Jersey City...



Nueva York vista de Nueva Jersey

Ese resplandor urbano, se proyecta en las alturas y las obliga a tomar los tonos ardientes de los crepúsculos de las tardes tropicales.

Por las reverberaciones de las nubes teñidas de rojo, en millas y millas, por el predominio del sangriento escarlata, en los espacios, parece que Nueva York es en este instante, presa de las furias de un incendio.

¿En dónde estamos?; ¿qué calle es ésta?

Ya llegaremos a la esquina, para ver en el farol, el número; nos basta en este instante, saber que contemplamos la claridad mágica de esta rúa poblada de blancas llamaradas, de globos multicolores de ascuas de iris, aprisionadas en ellos, parpadeando sobre este campo en que rueda la vida, como río desbordado...

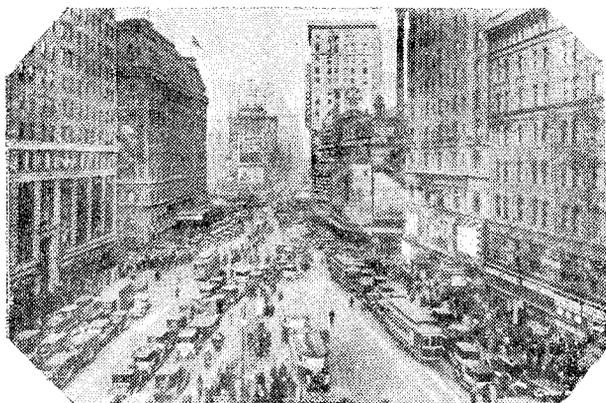
Estamos en Broadway, acaso en la noche, sin rivales en el mundo!

¿Describirla?... Broadway por la noche, es indescriptible, afirme quien afirme lo contrario.

Se puede dar alguna idea, de esta vía triunfal de luces y coloridos, que más parece una fantasmagoría gigantesca, que una calle de ciudad; pero dibujarla con todas sus magnificencias, por la noche y muy fielmente, no es dable a pluma humana, sobre todo si es del corte de la nuestra.

Todo lo que en el día es abigarramiento de colores chillones, es en estas horas, gritos de luz, cantos de llamaradas vívidas, cargadas de claridades ígneas...

Nos encontramos en esta *Plaza Times* cuyas miriadas de luces blancas, nos tienen deslumbrados. Este pedazo de Broadway



Plaza Times

o sea esta Plaza Times, es acaso el paraje alumbrado, iluminado de tal suerte, que rivaliza al sol en el cenit, en los días en que se halla el cielo más despejado y azul.

Por esto este pedazo de Broadway, tiene el nombre de *The Great White Way*, o sea la Gran Vía Blanca.

¿Será cierto que Nueva York es un chiquero, comparada con las ciudades de Europa?

¡Cómo serán de lindas las de Europa!!...

Creemos que nadie lo dijo; pero si alguien lo dijo decimos con él:

El oído lo tornamos vista; el olfato, vista; el gusto lo convertimos en vista; el tacto, en vista; la imaginación la hacemos vista, todo para mirar esta ardiente maravilla, y aunque somos íntegramente vista, no podemos ver, en lo que vemos, nada humano...

¿Soñamos?

¡Soñamos despiertos, en la gloria de la luz!...

XX

NUEVA YORK, DE NOCHE

¡Esto es divino!—Palabras de luz.—Diluvio de coloridos.—

Un retazo de noche en el Hipódromo.

Lo que es, de día, urnas de vidrios, salones desmesurados de cristal de roca, es, en estas horas que llaman noche, fraguas rutilantes, ampollas de resplandores fúlgidos, ascuas en que el iris aparece en toda la deslumbradora apoteosis de sus tonos. Los escaparates que van millas, únos tras ótros, en fantástica ringle-ra, de este lado y del ótro de la rúa, antes que escaparates son fosforescencias cegadoras, ánforas en que vibra el sol hecho colores... estos rubíes y amatistas, estos zafiros y esmeraldas, estos ópalos, estas ágatas... todas las piedras preciosas, todas las perlas y los oros brillantes de estos escaparates gigantescos, dan la idea de un extraño kaleidoscopio en ignición de policromías, al quebrarse en sus facetas y en sus lomos, la luz artificial obligando a exclamar a los traseuntes: ¡esto es divino!...

¿Será cierto que esta urbe es un chiquero, comparada con las de Europa?

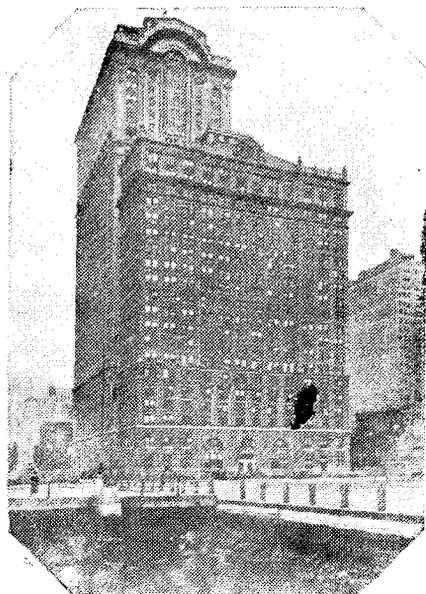
Admiradores de las ciudades europeas, ¡cuidado con que nos engañéis con vuestras apreciaciones!

Todo lo que, en el día, son aquí, letreros y cartelones, rótulos y epígrafes, son ahora, palabras de luz intermitente, palabras que gritan a todo gritar: "esto es barato, esto es lo nunca visto, a comprar, señores, a comprar."

Los tallados de letras, las combinaciones de figuras, las bandadas templadas de úno al otro lado de la calle, son dragones de llamas, serpientes de candela, caballos de azabache, en rápido correr, en carreteras de fuego...

Las ventanas son focos cegadores, como puede verse en este palacio de ciento cuarentidós metros de alto, alzado arrogantemen-

te en la Plaza *Battery*, llamado *Withehall*; los postes, las columnas, ampollas irisadas; las cúpulas, reflectores radiantes; las torres, gigantes de llamas; las cumbres, niños que lloran lágrimas de letras fulgurantes; las lágrimas de letras, avisos de las excelencias de un específico, de las virtudes de un jabón, de las habilidades de un especialista, de la verborrea de un sacamuelas; son niños que al abrir la boca para la franqueza de la cargajada, dejan ver dentro de ella, todo un muestrario... cuanto de día son alminares, columnatas y balaustradas, cuánto son empinadas rigideces y portadas y frontis y balcones,



Withehall

son de noche, lenguas de llamas, chorros de chispas, diluvio de claridades, bengalas que se encienden y se apagan, con intermitencias azules, con intermitencias rosadas, con intermitencias de policromías radiantes, son bengalas que se descomponen en aristas luminosas, son bengalas que florecen estrellas... y pensar que todo este diluvio de coloridos, son anuncios de negocios, son avisos de banca, son reclamos industriales, son en pocas palabras, la desesperación de vender y adquirir dinero...

Figuraos, señores, figuraos que un Everest como éste de doscientos treintitrés metros de alto, vista sus torres y cúpulas y alminares, de lenguas de llamas con todas las policromías del iris; que reciba sobre techos, perfiles y aristas, sobre pararrayos y columnatas, sobre todas estas inmensas moles de hierro, que reciba

de la bóveda celeste, un inmenso mar de estrellas ardientes, un inmenso mar de soles en ignición de policromías y tendréis una montaña de luces de colores vívidos, produciendo, no sólo la admiración y el asombro, sino el espasmo del deslumbramiento, jamás imaginado...

¿Qué hora es?

La una de la mañana... a dormir.

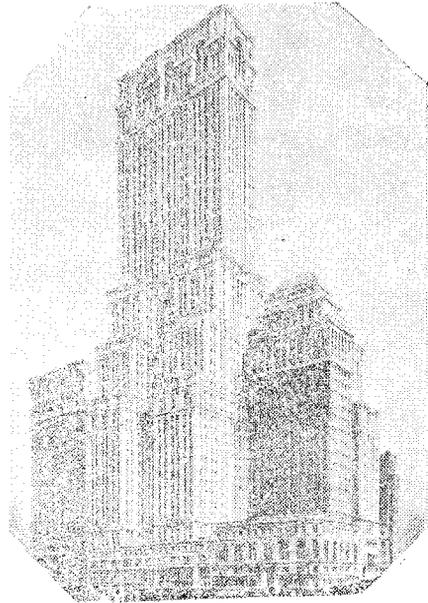
Se comienza a cerrar los restaurantes, los cafés y los salones de esparcimiento; la policía ordena que se desocupen los establecimientos de ventas de refrescos y bebidas sin alcohol: todos a dormir...

Aunque estamos enterrados en nuestro lecho confortante, qué vamos a dormir, señores y amigos, qué vamos a dormir.

Si es verdad que tenemos cerrados los ojos, para conciliar el sueño, también es verdad que tenemos muy abierta la imaginación, componiendo y reconstituyendo cuanto hemos visto de noche, en todas partes...

nuestra cabeza es una hoguera, por el trabajo mental de este momento... nos representa la memoria, toda la rara magnificencia del excelso Hipódromo, y la imaginación batalla por reproducir las escenas que instantes ha hemos visto arrellenados en una cómoda butaca, con temblores de alegría...

En este momento nos imaginamos un proscenio sin linderos y colocamos en él, doce hermosísimas mujeres, alineadas una tras otra y en orden perfectamente descendente, disfrazadas de rosas de todos colores; colocamos luego otras doce lindas mujeres, de



Edificio Lincoln

porte desigual, disfrazadas de claveles; ponemos al lado de éstas, otras doce mujeres disfrazadas de campánulas azules, y así, de doce en doce, colocamos bellas mujeres remedando tulipanes, remedando diamelas y girasoles, remedando orquídeas, jazmines y margaritas, remedando lirios y azucenas y amancayes; llenamos los aires de mariposas gayas, de tornasoles caprichosos, que vuelan y revuelan sobre esa pampa, dibujando arabescos singulares con rayas de luz de oro, con rayas de todas las luces; ordenamos que aparezcan en el espacio, fingiendo amor a las flores y ansiando posarse en ellas donairosamente, mientras van brotando jardineros para cuidar el fantástico jardín, mientras van brotando reyes, príncipes y duques, ostentando trajes recamados de oro y pedrería, para pasear en las callejas e inebriarse en sus fragancias; en tanto brotan pajes ceremoniosos y gallardos militares, hasta formar un conjunto de quinientos actores, en las tablas...

Esas ciento cuarenta y cuatro flores de carne, que despiden aromas, bailan dejando a la contemplación de los espectadores, el ritmo de las caderas idealizadas por los prestigios del arte; esas ciento cuarenta y cuatro flores de carne y hueso, tejen arabescos, cambiando colores y matices de tal suerte, que los quince mil espectadores revientan en aplausos delirantes, que se tornan apoteosis ardorosa. Esas ciento cuarenta y cuatro flores palpitantes, mezcladas con reyes, príncipes, duques, jardineros, militares y pajes de librea, se contonean con picaresca coquetería, bailan danzas sugestivas, encendiendo en los corazones, deseos locos, al son de músicas lascivas...

Oímos, en el misterio de nuestra alma, al ver esos oros relucientes, esas lentejuelas relampagueantes, esas pedrerías fúlgidas, esas grandes flores de carne blanca y perfumada, esos cascos bruñidos, esos penachos ondulantes, ese conjunto maravilloso de mariposas raras; al ver a todos danzando, bañados en combinaciones de claridades suaves, ignoradas por la naturaleza, inventadas por el genio, para adular a los sentidos, oímos que prorrumpe una dama a nuestro lado: "con este retazo de noche, ¡qué bien pagados los tormentos de la navegación!"

Bien pagados ciertamente con este trozo de noche, los sufrimientos de los marcos de la penosa navegación; bien pagados

con este trozo de noche, cuyos brillos, panoramas y nacimientos de sol, cuyos lagos y cascadas de ensueño, cuyas bandadas de genízaros y de hábiles acróbatas, no han de esfumarse jamás en nuestra mente.

Fatigados de reconstituir las escenas del excelso Hipódromo, cambiamos de postura en nuestro lecho, al sentir que comenzamos a perder las nociones de las cosas, en la inconciencia del sopor que nos envuelve...

XXI

RUMBO A EUROPA

Ilusión de cosas mejores.—El camino salvaje de agua.—Las gaviotas, heraldos de tierra.—Bendigamos la tierra.—El Canal de la Mancha.—Cuxhaven.—Chocitas de paja.—El camino a Hamburgo.—La llegada.

Caminamos agua y más agua, llena la cabeza de visiones nuevas y brillantes, recordando con gusto de Nueva York, caminamos alegres y risueños, alimentando la esperanza de ver cosas mejores de las que hemos visto ya.

Se nos hubo dicho, al salir de Guayaquil: “Antes que las ciudades europeas, hay que visitar Nueva York, puesto que comparada esta ciudad con aquéllas, Nueva York es un chiquero”.

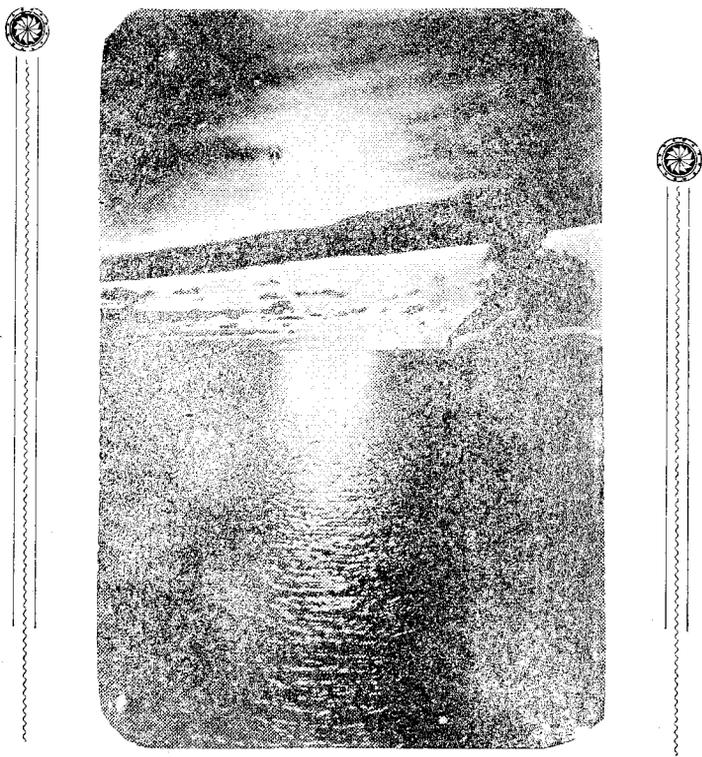
¡Santa Tecla!...

Si la majestuosa Nueva York resulta chiquero, comparada con las ciudades de Europa, a fe que éstas nos van a cautivar, nos van a producir el éxtasis eterno de los encantamientos, nos decimos, y como los mártires que han pasado por sobre olas de candela, sin inmutarse y gozosos, por el ansia fervorosa de ver a Dios; pasamos valerosamente y sonreídos, por estas olas iracundas de mar enfurecido, ansiando contemplar el paraíso...

De pies sobre el puente de proa, escudriñamos la lejanía, por descubrir un pedazo de tierra, que no lo vemos, y mientras el buque se sitúa en la cima de un montículo de agua encrespada, y mientras se derrumba, en seguida, de cabeza a los abismos, y mientras repite a menudo, el mismo, para nosotros, angustioso ascender y descender; oímos, asidos de las barandillas para no perder el equilibrio, oímos el chasquido formidable del estrellarse de las olas, en la proa, desde donde suben a los cielos, hechas plumón de chispas relucientes que, al caer sobre el puente, son un río caudaloso que azotándose con furia, contra fierros y

paredes, se precipita mugiendo, en la líquida llanura... Con la esperanza de ver ciudades europeas, después de la norteamericana que hemos visto, no tememos ni la muerte, en los días y más días de ascensos crispados y descensos de horror, que padecemos, en este camino salvaje de agua, que hierve en cóleras, en esta inmensidad de mar, que huele a eternidad...

Pero la mar depone sus furias, la mar se sosiega en esta hermosa tarde, la mar casi entra en calma chicha... el sol moja en oro sus pinceles y dora lo infinito y dora las aguas que duer-



Penumbra de una tarde en el mar

men risueñas, temblando hechas inmensidad... El sol se hunde entre el mar y el horizonte, dejando una penumbra rosada que se desvanece poco a poco y se torna oscuridad... vuelve el día y vuelve nuestro malestar en el camino locamente alborotado...

Un buque en lontananza, grita un pasajero que tiene clavado el anteojo en la comba negruzca de este monstruo... todos los que pueden caminar, corren al heraldo y buscan en la dirección que él mira, al errante del océano... ¡la santa satisfacción del "mal de muchos consuelo de bobos", se dibuja en los semblantes, al distinguirlo, en vaivén desesperante y desesperado, sobre la espuma de las sinuosidades ondulosas del lomo de la bestia...!

¡Una gaviota en los aires!, exclama alguien... ¡una gaviota en los aires!, repiten todos, con alegría que se torna júbilo.

Tenemos tierra no lejana, la querida tierra, dicen muchas voces a un tiempo, confundidas en una sola voz de indecible contento...

De veras, nunca es más dulce y querida la tierra, que cuando se es habitante forzado de las aguas salvajes como ésta...

Ya no es una gaviota, son diez, son cincuenta, son cientos las que vienen al encuentro de la nave, las que la rodean, las que disputan, hambrientas y voraces, en la estela, los mendrugos de la bazofia, a los peces más hambrientos que ellas y más voraces todavía.

Allá, se dibuja, a la derecha, el hilo negro y sinuoso de las costas de Francia, madre de la libertad, y a la izquierda el de las de Inglaterra, acaso la verdadera y única depositaria de este gran humano dogma...

Tienen estas costas, las huellas profundas de los temblores epilépticos del aleroso Mar de la Mancha... avanzamos: todos miran: quienes con anteojo, quienes, a simple vista; todos miran arrimados a los antepechos de la nave, con muestras de alegría, en el semblante, todos miran tierra, en tanto que la orquesta es más regocijada que jamás lo fué... ¡claro!, vemos tierra cercana, la querida tierra que recoge, como madre amorosa, nuestras huellas y las conserva en su regazo, que revienta flores para premiar con ellas, nuestras fatigas, que nos paga con ampollas de miel, nuestro sudor... bendigamos la tierra, bendigámosla desde estas rompientes de la mar ingrata con el hombre, de-

voradora de las huellas del camino, devoradora de los locos que se aventuran por sus terribles dominios... bendigamos la tierra tan amorosa como sufrida, pan de los que tienen hambre; agua de los que tienen sed; sombra de los fatigados, amparo de la humanidad infortunada... bendigamos la tierra que vemos cada vez más cercana y más hermosa...

Este canal de la Mancha, este Estrecho de *Calais* están mansos y tranquilos; no nos dan a conocer de veras, las muy exquisitas dulzuras de la navegación, como cuando ruedan sus aguas por estas costas, como furias infernales, roncando la blasfemia de la muerte...

¡*Cuxhaven*, antepuerto de Hamburgo!... ¡al tren!...

Un instante en este largo, larguísimo salón, en espera del *vista* de aduana... esto no es registro, ni cosa que se lo parezca... se nos pregunta si tenemos tabaco; nuestro no, le satisface... ¡qué ganga para los contrabandistas!... francamente esto es delicioso; menos rigor que en Nueva York y eso que en Nueva York tampoco se molesta ni hostiliza a nadie... ¡Cómo ha de ser como en Guayaquil, en donde el aliciente del cincuenta por ciento del contrabando, les vuelve tiranos a los *vistas* que revisan y huelen el último trapo, sin respetar la falta de contacto de éste con la lavandería...

Tiene la mañana, un sol alegre, al amor de cuya caliente luz, comenzamos a deslizarnos en el tren, arrellenados, en este canapé tapizado de felpa de seda roja, comenzamos a deslizarnos por entre hermosas vueltas y recodos...

¿Es éste alguno de esos recodos sugestivos de la querida ciudad de Ambato?

Estos huertos rebozantes de manzanas, con esas casitas medio escondidas entre el follaje verdinegro, con el arroyuelo que gorgoritea a la puerta, con esas callejas que se pierden allá en la lejanía, ¿son trasplantes de los encantadores huertecillos de la tierra de Montalvo, el divino?

¿Y ese bosquecillo de capulíes?... ¿son de capulíes esos bosquecillos?

¡Este retazo europeo, tiene sabor qué marcado al de la nuestra tierra, por las casuchas y chocitas de paja, llenas del encanto sencillo de las de nuestros campesinos pobres!...

¡Qué pedazo tan donoso de dehesa, alegrado por el relincho lleno de vida y de salud, de ese caballo que, la cola erguida, enarcado el cuello y vuelta de lado la cabeza, corre y corre, llenando con los orgullos de su virilidad, toda la pampa!...

Sube el sol, en la gloria de su carro, majestuosa y lentamente, zasonando la mies de las espigas, desliendo el verdor en la llanura, pintando la sangre, de rojo; tiñendo de carmín los tulipanes, poniendo el blanco en la leche y el azúcar en las frutas, sube majestuosa y lentamente en la gloria de la luz... ¡bendigamos al sol, padre fecundo de la vida!...

Dammtor-Hotel, dice una tabla, a la vera del camino; *Euro-peischerhof*, *Kaiser-Hotel*, *Splendit-Hotel*, etc., etc., dicen ótras, levantadas a las orillas de la vía... De lado y lado, al violento andar del tren, leemos avisos de hoteles, de *restaurantes*, de cafés, de específcos, de jabones y posadas... adelantamos y vemos casitas, sin ninguna novedad, de lado y lado de la línea férrea... estamos en medio de una enmarañada red de paralelas de acero, en medio de decenas de trenes que salen y entran pausadamente... hay gente en el andén; gente rubia y de hablar gutural y desesperante... para el tren; un polizonte avanza a él... leemos: *Hauptbahnhof*... estamos en Hamburgo... ¡Jesús!, ¿esto es Hamburgo?

XXII

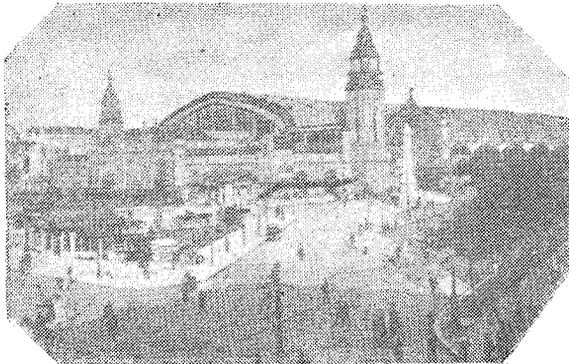
HAMBURGO

Militares que nos llevan al hotel.—Saludos del cuartel-Hamburgo.—¿Esto es Europa?—Desencanto.—Cine.—No hay que ver con lente ajena.

Sí, señores y amigos, esto es Hamburgo, uno de los grandes puertos de Europa: ¿el primero?, ¿el segundo?, ¿el tercero?...

Los hamburgueses dan la primacia a Londres; Hamburgo es para ellos, el segundo puerto, y esto con repugnancia... Sí, señores y amigos, esto que tenemos a la vista, es Hamburgo, la primera ciudad europea en que ponemos las plantas.

Dejamos nuestro elegante Pullman —¡qué de dólares nos costó!— y caminamos en busca de salida a la ciudad. Vencidos unos cuantos escalones; nos hallamos en el salón inmenso de la *Estación Central*; lo atravesamos y llegamos a esta plazoleta formada por *Kirchen Allee* y otros desfiladeros; de aquí vemos muchos



Estación Central

hoteles; nos dirigimos a uno de los más elegantes, en un coche que, por supuesto, no es el del Alcalde de la ciudad... Cuatro gallardos militares vienen a nosotros, llegan y se pelean por abrir las portezuelas del coche; nos quedamos patitiezos, pensando para nuestro colete, que estos gallardos militares están equivocados, al proceder así, acaso en la vana creencia de que reciben a un general... Se nos extiende la mano blanca, para que nos apoyemos, al descender del vehículo, al vernos en tierra firme, cada uno se cuadra, nos saluda con muestras de alto respeto gerárquico y todos nos conducen a la antesala del hotel: cuales van con las maletas, cuales, con los baúles, uno con el paletó y ótro, saludándonos militarmente, en el trayecto.

En la antesala encontramos un diluvio de militares: ¡qué de kepís, qué de franjas doradas, qué de botones amarillos!...

No queremos cuartel, les decimos; queremos hostería, para reponernos de las fatigas enervadoras de la navegación; pero se nos manifiesta que el edificio en que estamos, lleno de tántos y tántos militares, es una, muy elegante.

Entendemos en el acto, aunque no sabemos, ni siquiera lo que es *Ja*, ni lo que es *Nein*, entendemos que vamos a vernos con militares a cada paso, pues la manera como visten los empleados de hoteles y hosterías, los giros y movimientos netamente militares, el orden riguroso, en todos los actos, la disciplina ciega en la obediencia, todo nos dice que aquí todos son militares de corazón, nacidos tales, al calor del culto de las armas, por amor a la patria...

Se nos proporciona amplio y lujoso alojamiento, y al entrar la *Fräulein* (señorita) en él, para enterarse de nuestras necesidades; se cuadra y llevando la mano abierta, a la altura de la cofia, nos saluda a la militar... ¡Santa Tecla!, hasta las mujeres!...

No hay exageración en afirmar que hasta las mujeres tienen alma y arrestos de soldado.

Salemos a la calle para rodar mundo, y saber lo que en Hamburgo pasa, procurando sorprender el alma popular, en la psicología de las multitudes; no encontramos multitudes, sino de muchachos, en un *Kindergarten* vecino al hotel en que nos alojamos alojado, porque ¡claro! no nos abrimos mucho a los mu-

chachos hablan una lengua de todos los demonios; por ella no podemos enterarnos de nada; pero notamos que únos caban trincheras, que se ocultan ótros en ellas, que éstos forman montículos de tierra, a modo de fortalezas, que éstos caminan por los contornos, fusil al brazo, a órdenes de un guapo chiquitín que va, espada desollada en mano... un campo de atrincheramientos en toda forma y con cierta preparación técnica... estamos en un gran cuartel, nos decimos; pero no tenemos recelo de que se nos agujeree el pellejo, al volver de alguna esquina, porque estos soldados del cuartel-Hamburgo, no aspiran a emperadores... se contentan con ser fieles del culto de las armas de Prusia, se contentan con haber sido engendrados militares, para el triunfo del ideal de patria, se contentan con amar con delirio los entorchados que han de sostener gloriosamente el pendón del águila negra...

Recorremos unas cuantas calles, saboreando lo nuevo de lo que encontramos, y retornamos al hotel.

Cuanto vemos no nos causa admiración, que después de las magnitudes de Nueva York, todo resulta pigmeo, todo liliputien-se, aquí...

Se nos dijo al partir del Ecuador: "hay que visitar primero Nueva York, para ir gradualmente visitando las ciudades europeas, pues el gran puerto yanqui resulta un mamarracho comparado con las ciudades de Europa".

Sugestionados por esta idea, esperamos encontrar algo monumental, algo indescriptible, en las ciudades del viejo mundo, y al pisar Hamburgo, no podemos contenernos de lanzar estas preguntas admirativas: ¡Esto es Hamburgo?; ¡esto es Europa?...

Si nadie nos hubiera dicho nada, sobre primacías y superioridades, a fe que nuestra primera impresión, no hubiera sido de tan amargo desencanto. Habríamos visto Hamburgo tal como se nos presenta; habríamos contemplado sus edificios, sus plazas, sus calles, sus paseos, sus jardines, sus lagos, sus líneas de tranvías, su alumbrado, sus teatros, sus estatuas, su comercio, etc., etc., con el gusto que produce en el alma, el prestigio de lo nuevo... pero se nos dijo que la ciudad de Nueva York comparada con las de Europa, es un chiquero, y se nos enturbió la ilusión.

¡Cada cual tiene su estética!...

Es domingo este día de nuestra llegada, y por serlo contribuye grandemente para el desencanto nuestro... no hay movimiento en las calles, no hay gente en tropel, en plazas ni paseos; el comercio está cerrado...

Aún se están altivamente erguidos, en nuestra imaginación, los *rascacielos* de Nueva York; todavía borbotan, en nuestra cabeza, los atropellados aludes de gente, de ese hermoso puerto; todavía está iluminada a *giorno*, el alma nuestra, con las vividas lumbraradas de electricidad, de la ciudad del dólar; cuando nos tropezamos con casitas así, así, con tal cual viandante, con una oscuridad de todos los mismos demonios...

Hijos de un pueblo alumbrado por el ardoroso y fulgurante sol del Chimborazo, casi nos echamos a renegar de tanta oscuridad que padecemos; nosotros a quienes ha alumbrado siquiera la luz de las calles de Guayaquil; no podemos contenernos de gritar casi coléricos: ¿esto es Hamburgo?; ¿así es Europa?...

Y, en un momento de justa indignación, por el engaño, nos volvemos a Guayaquil, con el pensamiento, reunimos a quienes nos dijeron que Nueva York comparada con las ciudades europeas, es un chiquero, y les apostrofamos así: ¡idiotas!!; bien merecido el apóstrofe por la chueca que nos han jugado.

Por la noche, por desvanecer la impresión del desengaño, tomamos el sombrero y, a la calle...

City Teater, leemos en el frontis del establecimiento del frente; nos dirigimos a él, buscando entretenimientos; entramos y nos arrellenamos en una butaca de primera fila, para ver la cinta...

¡Oh, quizá el invento milagroso nos muestre Nueva York; quizá ponga en nuestra presencia, los paisajes, los panoramas, el sol del Ecuador!...

¿Por qué no?

El cine agrupa tinieblas, labra estrellas y enciende luceros: he ahí la noche; sopla en las sombras y las esfuma, pinta de claroscuro el cielo, difundiendo en los espacios infinitos, un suave aliento de tenue y nacarada luz: he ahí la aurora; se adueña del sol, borda de ardientes claridades el universo y es el día...

Pero ¡qué carcajadas tan descomunales, en esta sala, capaces de aburrir a una piedra!...

Aquí ríen a gritos, sin respetar la ley de no molestar a los demás, pero como nadie de los autóctonos se molesta, porque aquí cualquier risa es carcajada, sigue el ruido...

¿Y en un teatro se ríe así tan estrepitosamente?

Carreño no ha llegado por acá, decimos... ¡qué Carreño ni qué ocho cuartos!... cada pueblo tiene sus costumbres, sancionadas por las multitudes y no hay sino que adaptarse a ellas o, por lo menos, tolerarlas en silencio, por una de las razones más potísimas: por estar en casa ajena...

Pero aquí nos huele a comida y a bebida.

¿Qué de particular?

En los teatros de este pedazo de mundo, se bebe bien y a mucho gusto y se yanta mejor: costumbre racional, por cierto...

La santa cerveza, en vasos de dos litros, se está ahí, de mitad abajo, bermeja y cristalina; de mitad arriba, blanca y fría espuma... ese hombre bebe, bebe y bebe... ¡qué resuello!, y esa mujer también; por donde se vuelve la mirada, se encuentran personas bebiendo y comiendo, que es una bendición de Lutero...

¡Mecachas!, nos decimos y abandonamos el asiento y el teatro...

Nuestro desencanto de Hamburgo, ha nacido de haber mirado esta ciudad de lejos, con lente ajena. Ya enjovaremos nuestro espíritu con las bellezas de esta hermosa ciudad, nos decimos, y en la cama suave y confortante, esfumamos nuestra primera mala impresión, en un sueño reparador y bondadoso.

XXIII

HAMBURGO

*¡Qué desengaño!—Vamos a cegar por el medio circundante.—
Veamos las cosas como son.—La belleza de la ciudad, sin
comparaciones.*

Si hubiéramos viajado directamente de Colón a Hamburgo, esta ciudad nos habría cautivado; no sólo porque después de tanta agua agitada y ruidosa, cualquier pedazo de tierra, es hermoso, sino por ser realmente bella esta ciudad; pero después de la urbe gigantesca de Nueva York, la impresión que nos produce Hamburgo, no es para enloquecernos de admiración.

Cuando pensamos que seríamos en las calles de esta urbe, la burbuja de un hervor humano más intenso, que los que borbotan en las calles niyorquinas, casi topamos con la soledad: ¡qué desengaño!... cuándo creímos que cegarían nuestros ojos, por el fulgor deslumbrante del alumbrado europeo, nos hallamos circundados por penumbras: ¡qué desconsoladora realidad!

Pero no juzguemos el alumbrado de Hamburgo, por el de esta vía sombrosa, llamada *Kirchen Allée*... venga un auto... un paseo por las calles más alumbradas de esta ciudad, *choffeur*... *Steindamm*... úno que ótro foco de luz eléctrica, lucecillas tísicas, lucecitas anémicas, lucecitas moribundas... *NeuerWall*... como el alumbrado de la calle Santa Rosa de Guavaquil...

...Choffeur, al hotel, vamos a cegar por el medio circundante; el medio circundante dicen que hace la facultad de los sentidos, si seguimos por estas calles, de seguro que han de perder la vista nuestros ojos; tanta oscuridad ha de terminar por cegarnos.

Choffeur, al hotel, pues si lo que dizque está alumbrado a *giorno* es así ¿para qué imprimir en nuestras películas, esas calles en que los mecheritos de gas son de tan raquítica estirpe?...

¡Ah! si todo es así como el alumbrado, tendremos que vivir enfermos de nostalgia de luz!... de nostalgia de bellezas!...

Cómo

“Todo se ve del color.

Del cristal con que se mira”;

enterramos nuestra aburrida humanidad, entre plumón y colchón, y nos dormimos *viendo* sombras, sombras, sombras, y en sueños seguimos viendo sombras en todas partes... y al través del vidrio de nuestro desengaño, vemos, en sueños, cosas sin importancia y tinieblas solamente; la comparación ha perjudicado todo... veamos las cosas como son, olvidándonos de comparaciones...

Es Hamburgo sin comparaciones, hermosísima ciudad, sobre todo, en este pedazo en que gorgoritean las aguas del Elba, apriionadas por las paredes de este canal, a la sombra de esta enorme estatua ecuestre de Guillermo I.

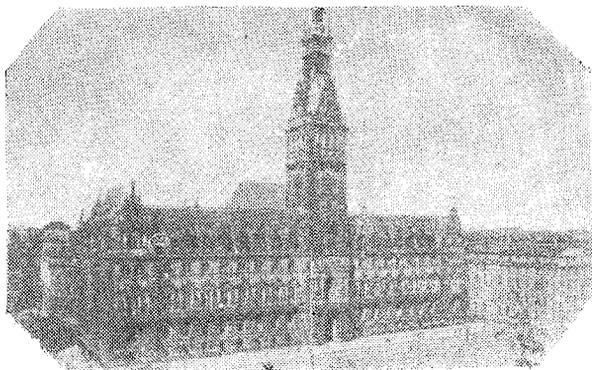
¡Ajá es esto *Rathausmarkt!*... El *Kaiser* Guillermo I con los orgullos de vencedor, cabalgando este brioso corcel de guerra, se exhibe a la contemplación del pueblo que le quiere como a padre.

Este *Kaiser* Guillermo I, trae, en este instante, a nuestra imaginación, los deslumbramientos de la Galería de los Espejos, del palacio de Versalles, el 18 de enero de 1871, en que fué saludado emperador, por los más eximios representantes de las dos viejas Confederaciones, entre los brillos y el delirio de la culminación de la apoteosis...

Se dejan ver, en elegante semicírculo, las águilas imperiales, y, en altosrelieves de bronce, los episodios más brillantes de la guerra de Alemania con Francia. El emperador es la figura principal, en todas las escenas, sobre todo, en la de la proclamación del reinado de Prusia...

Caminamos despacio, contemplando estos cuadros y los emblemas de la Justicia, del Trono, de la Juventud, de la Vejez, de la Geografía, etc., etc...

Se nos acerca un anciano, de aspecto de desolación, para explicarnos estos emblemas... adivinamos el intento del infeliz, ponemos medio marco, en su mano temblorosa, en pago del buen deseo, y nos alejamos por la puerta central que mira a la Bodega, perseguidos por las resonancias tiernamente dulces del *Dan-keschón*, del pobre anciano...



Casa Consistorial

Allá está el Ratahaus lleno de hornacinas, cada una ocupada por las figuras más salientes, de relieves más brillantes de la ciudad y del imperio, a quienes la gratitud, la admiración o el patriotismo, les han dado sitio preferente en esta casa consistorial, cuya torre domina el edificio y hermosea este parque. Al salir de él, nos encontramos con los almacenes de Robinson; empero, atraídos por este lindo portal que nos recuerda, los donesos de Guayaquil, nos metemos en él. De un lado, tiendas de comercio muy bien presentadas, con arte y gusto... escapates repletos de oro labrado, repletos de piedras preciosas y repletos de brillantes chucherías... del otro, el mismo canal de aguas fangosas del Elba, en el que palanquean dos fornidos mozos, para que ande una pesada lancha llena de carbón... Recordamos de nuestros palanqueadores de Vines, metido al pecho, un extremo de la palanca, cuyo otro extremo hiere el barranco, en esfuerzo de titanes, para impulsar la canoa de piezas en contra, en el torrentoso Quevedo, y suspiramos; el romanticismo no nos quiere abandonar... entramos en esta ancha vía *Jungfernstieg*... nos detenemos sobre el puente y vemos que el canal se torna lago lleno de hermosura superticiosa: es el justamente sugestivo *BinnenAlster*, el redentor de las muchachas románticas, el confidente de los besos largamente apasionados...

XXIV

HAMBURGO

*El Alster.—Lo que es el Alster.— El Puente de los Lombardos.—
 BinnenAlster, AussenAlster.—El Sendero de las Doncellas.—
 Edificios de los contornos.—El Alsterpavillon.—El por
 qué somos objeto de la contemplación femenina.—
 Esto es ideal.*

¡Cuán hermoso este lago!, no sólo por nuevo para nosotros, sino por serlo en sí, en todos sus aspectos, en todos sus detalles, aún para los más exigentes devotos de la euritmia... Las aguas del Elba majestuoso, sufragan en pro de la donosura pintoresca del *Alster*, en el que los hamburgueses han echado el resto del buen gusto.

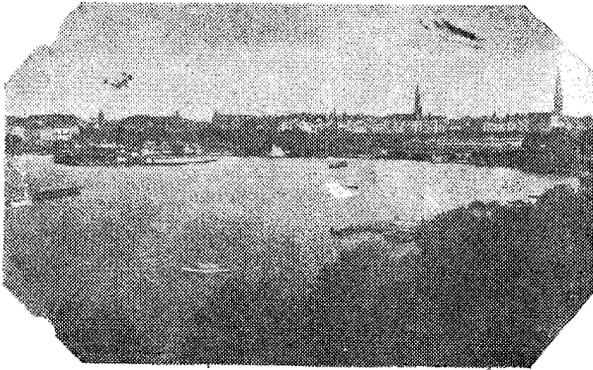
Este hermoso lago, este lago encantador, es la sonrisa perpetuamente amable, de la ciudad; es el paraje de plácido descanso de la dura y fatigosa labor del pueblo, es la loca alegría de los burgueses, la realización de los ideales de las parejas juveniles, el aparatoso esparcimiento de la fruncida aristocracia y la admiración de los extranjeros.

Para nosotros es el idilio de versos cristalinos, recitado por Hamburgo, entre músicas y besos...

El Alster está dividido en dos lagos desiguales, por una calzada de amplias magnitudes, por cuyo lomo corren trenes y tranvías, ruedan autos, se arrastran coches pesados, y ambulan agitados multitudes.

El más pequeño está bautizado de *BinnenAlster*, Alster interior, y el otro, de enorme extensión, de *AussenAlster*, Alster exterior.

El *BinnenAlster* se comunica con el *AussenAlster*, mediante canales, por cuyas entrañas, se aventuran botes, vapores-tranvías y toda clase de embarcaciones destinadas al solaz o a la comunicación recíproca de las alegres orillas.



Puente de los Lombardos

El Puente de los Lombardos —Lombardsbrücke— une por esta parte, las lenguas de tierra que salen, como en busca la una de la otra, desde la aristocrática Explanada, y desde los donosos jardines de Schiller, como se lo puede ver, con parte de la ciudad, dando pulido relieve a los encantos del BinnenAlster, surcado por botes y vaporcitos, a todas horas.

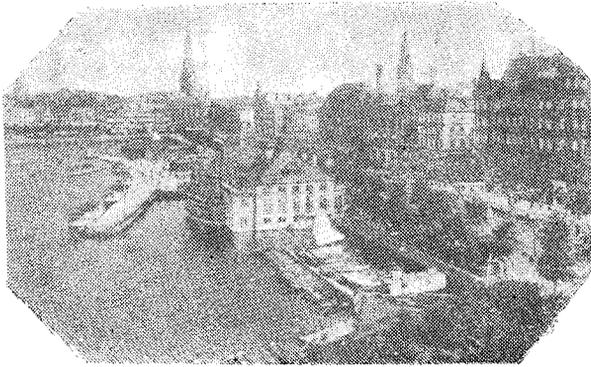
Al Este, lo limita la Avenida *Alsterdam*, espaciosa y limpia, en la que están las oficinas de la poderosa *Hamburg-Amerika-Linie* y otras, en que se nota la fiebre de los negocios.

Neur Jungferstieg, avenida más tranquila; pero no menos amplia y limpia que la anterior, está al Oeste.

Empero lo que constituye el encanto de *BinnenAlster* es la gallarda avenida *Alter-Jungferstieg* —Viejo Sendero de las Doncellas—.

Esta es una arteria en donde rueda el placer, se derrumban los negocios y sonrío el arte, más que en ninguna otra de Hamburgo.

Tiene arbolitos, como arbustos, que sirven de ornamento de esta rúa que tiene el tinte de una encañada del paraíso, no por las Evas que por ella se deslizan, ni por los Adanes que les sueltan arrumacos, mientras unos y otras ambulan por entre la sombra del follaje, sino por la dulzura y belleza del sendero.



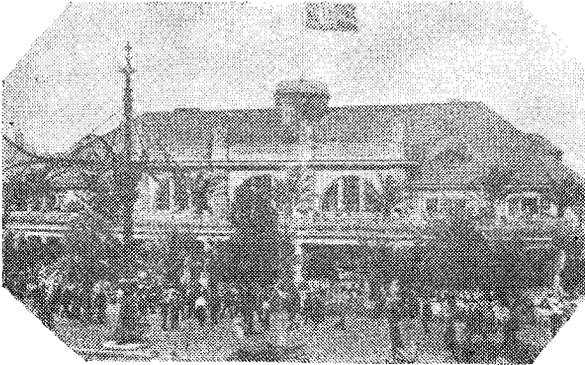
Sendero de las Doncellas

Este Viejo Sendero de las Doncellas, ostenta el primor, variado de fachadas de palacios de viviendas, de palacios de negocios, embellecidos con lujo y gallardía, entre los que descuella el palacio de negocios de Titz, que atesora, en sus entrañas luminosas y amplias, cantidades inmensas de mercaderías de toda estirpe, exhibidas con coquetería por muchachas rubias, de adorable simplicidad; allí están las joyerías de los judíos Lowenthal, Kollmar y Schuffman, soliviantando los deseos de cuantos ansían ataviarse con piedras preciosas, capaces de deslumbrar al lucero de la aurora.

Queda, junto a esta hermosa vía, el lago siempre amable, siempre sonreído, sin gestos huraños, propicio al placer... y en la orilla de este lago, muelles repletos de viajeros, de *turistas*, de paseantes, en espera de embarcaciones o saliendo de ellas, en apretados grupos; música de orquestas, flexibilidades caprichosas de un violín que canta con deleite, los delirios de una fiesta... nos acercamos atraídos por los acordes melodiosos, como las mariposas a la llama, atraídas por las vibraciones de la luz...

Ya estamos a las puertas de este elegante edificio, en cuyo frontis se lee *Alsterpavillón*; ya estamos dentro de él, contemplando, de una de sus múltiples callejas, el arte, la elegancia y donosura de él; contemplando el risueño panorama del *Binnen-Alster*,

en cuya tersa superficie, sueñan, en vaivén, multitud de botes de vcla; corren vapores-tranvías, llenos de gente alborozada, vuelan lanchas-automóviles, en cuyos lujosos compartimientos, gallardean los oros de esas cabezas como de ibis, el azul monótono de esos ojos cargados de deseos, y el blancor de esas epidermis de alabastro.



Alsterpavillon

Recorremos los varios apartamentos del Alsterpavillon, no ya por curiosidad, sino por faltar en este rato, asiento para nuestra empingorotada humanidad que quiere tomar cualquier majadería: café, chocolate, natilla...

Por donde pasamos, somos objeto de la contemplación femenina.

¿Por qué?

Un poco más enterados de las aficiones de este pedazo de Europa, sabemos que lo somos por nuestros ojos negros y risueños, por nuestra cabellera negra, por nuestra epidermis sin los aparatos de blancura de la de los hijos de Alemania...

Aquí es sinónimo de buenmozo; no gastar ojos azules, ni cabellos dorados, ni carnes albas... ya hablaremos de esto en breve... sentémonos en esa silla que ha dejado ese caballero rechoncho, entre esas chicas románticas, que nos miran y sonríen, que nos miran y sonríen...

—*Bitte, Entschuldigen Sie...*

—*Bitte...* y nos muestran el asiento y nos sentamos...

Ya comprenderán ustedes, señores y amigos, que no nos halamos muy mal entre chicas rubias y apasionadas.

Esto es ideal: música deliciosa que llena de armonías el Alsterpavillon; adorables doncellas que nos hacen compañía como íntimas amigas; el lago de olas de sonidos de besos, de labios rojos y frescos... ¡demonios! ¡qué inmoralidad!, nos decimos interiormente, al tropezar nuestras miradas, aquí junto a nosotros, con esa pareja, en lo más sabroso y exaltado del beso, en plena sala a presencia de cientos de miradas; más nadie colorea; mejor dicho: sólo nosotros coloreamos de pudor... ¡cosas de nuestra educación!... salgamos de aquí, venga el auto... Chauffeur, por las riberas del *AussenAlster*, pues no podremos circunvalarlo a pie, como hemos circunvalado el *BinnenAlster*, ollando, con nuestras plantas, los mil ochocientos setenta metros que miden sus contornos pintorescos, en donde nos cautivan los edificios santuosos que ya son hoteles, ya casas de comercio, ora cafés, ora oficinas de grandes negocios; en donde nos cautivan estos pretiles bordados de árboles y poblados de carcajadas femeninas, y ahitos de amor nada romántico...

XXV

HAMBURGO

¿Por dónde romper a caminar?—Venga el vapor.—Lo que vale tener ojos negros.—La mejor galantería.—¡Qué resuello!

Las villas.

¡Qué lindo deslizarse por estos callejones! ¡Qué bien rueda el auto sobre estas pizarras, sin una mota que pueda estorbar la rotación!

¿Esta puerta? ¿Este puente?

¡Ya!

Ferdinandstor.

¿Por dónde romper a caminar?

¿Por la Esplanada, para meternos por el arco de *Damtor* y seguir por *Alsterglaciis* y *Alsterufer*?

¿En dirección a *An der Alster*, para visitar las orillas del *AussenAlster*, por el Este?

¿Por dónde romper a caminar?

Por cualquier parte, que mucho hay que ver y admirar en dondequiera.

Después de instantes de perplejidad, nos decidimos a rodar en automóvil, por las orillas del Elba.

Nos dirigimos al caudaloso río, a conocer el renombrado puerto. Nuestro automóvil devora las distancias: rodando raudamente por calles apizarradas, por avenidas limpias y risueñas y por plazas floridas, da, de repente, con el Elba majestuoso, con este Elba que brinda, con amplia generosidad, su regazo de olas, al mundo entero, representado por buques desmesurados y navíos de toda condición.

El puerto está lleno, está repleto de estas naves que van, de la Aurora al Ocaso y del Setentrión al Mediodía, uniendo puertos y caletas con las infinitas estelas de sus arrogantes proas.



El puerto

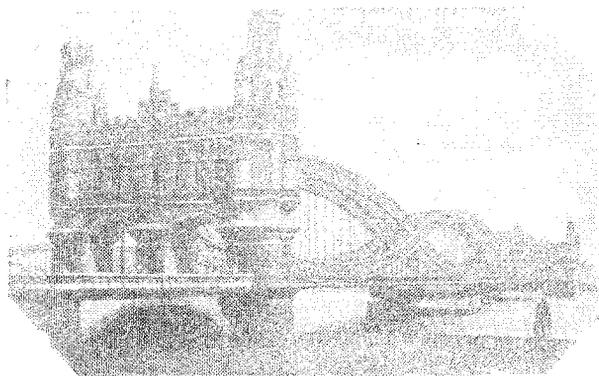
¡Cuán pintoresco el cuadro!...

¡Banderas de todos los climas, divinizando el paisaje!... mástiles de todas las banderas, diciendo mudamente: patria, en lo más empinado de los mástiles; lenguas de las naciones más remotas, sonando con ritmos extraños e ininteligibles; buques que remedan selvas de árboles muertos, escuetos de ramas y de hojas; promontorios de hierro, que echan torbellinos de humo negro, por gargantas enormes que semejan el cráter de un volcán... he aquí este puerto de Hamburgo, para los hijos de esta ciudad, el segundo de los de todos los mares y ríos.

Declaramos ingenua e imparcialmente, que no puede compararse este puerto, con el grandioso de Nueva York, cuya locura de tráfico, está muy lejos de tenerla éste que contemplamos, sin los espasmos que nos produjo el gigantesco de Nueva York...

Pasamos por entre tumultos de trabajadores, de comerciantes, de industriales, de carros de labor, de autocamiones, etc., despacito para no atropellar a nadie ni chocar con otras máquinas de locomoción, apiñadas en este malecón, para recibir y despachar este enorme cortejo de vagabundos del océano, que aunque tienen patria, no moran en ella, por estar destinados a recorrer el mundo, incesantemente, auscultando las entrañas del comercio universal, en todos los aspectos de la iniciativa de los hombres.

Venciendo dificultades serias, llegamos al fin, a este sitio más tranquilo, y nos colocamos delante de estos torreones, con agujas y pararrayos, bordados de relieves, con arcos entrelazados y macizos. Esta artística armazón es la fachada del Elbbrücke o en español, del puente del Elba. Abandonamos el automóvil y nos metemos aquí y vemos que en la descomunal plataforma de este ascensor hay autos, coches, carros, carretas y ejércitos de personas; nos sumamos en el número y descendemos y después de un viaje de minutos en el atrevido túnel, resultamos en el lado opuesio de este navegable río...



Puente del Elba

Tomamos de nuevo nuestro automóvil y mientras continuamos el paseo por otras calles, pensando en la posibilidad de que, en no lejano día, se horadará la tierra por debajo del río Guayas y se comunicará Guayaquil con Durán, por un túnel, burlando las embestidas de la furia de las aguas...

An der Alster: bien llegados a esta vía de ensueño: árboles, caminos pintorescos, figuras geométricas, de un lado; de ótro, casitas de arquitectura ideal, hosterías, cafés, urnas de cristal, en cuyo vientre rien rosas y tulipanes, cantan pájaros de plumajes de iris, sueñan corazones enamorados...

Se encrespa el lago y canta dulces idilios tenuemente en las sinuosidades de estos semicírculos hechos adrede, para cautivar con la gallarda coquetería del arte.

Rodamos a toda velocidad en este plano, y nos detenemos en un recodo de una de las calles más rectas de la ciudad: *Mundsburgerdamm*, y seguimos por las plácidas riberas del lago, objeto de nuestra visita de hoy...

Entramos en *An der Schönen Aussicht Schwanenwick* —Bella Vista Arvejana de los Cisnes—, en donde todo invita al solaz espiritual, por el deleite que experimentan los sentidos, en este retazo de urbe y de bosque, hechos para el encanto de las almas que tienen la devoción del arte y del ensueño.

Esta orilla irregular se comunica con la del Oeste, por medio de varias líneas de vapores-tranvías.

De este lado en que nos hallamos, hay cuatro muelles desde donde zarpan las embarcaciones y se dirigen al muelle de la opuesta orilla, que se encuentra en el término de *Alte Rabenstrasse* —Calle de los Cuervos Viejos— que está en comunicación con *Rotterdam* —Calle de los Arboles Viejos,— en el extenso barrio que se extiende desde el Oeste del *Aussen Alster*.

La misma orilla Oeste, ha menester de varias líneas de vaporecitos, para comunicarse consigo misma, amén de las varias líneas de tranvías eléctricos que turban el silencio de ella, con el tintineo de timbres y el ruido sordo de las ruedas que vuelan sobre caminos de duros rieles.

¿En dónde estamos?...

August-Strasse.

Dejemos aquí el auto; venga el vapor, para atravesar el lago...

Nadie nos conoce, ni conocemos a nadie; con todo ¡qué pedacito de navegación tan placentero...!!

Lo que vale tener ojos y cabellos negros, en esta tierra, en que, indudablemente, hasta el diablo ha de ser rubio...

—*Enschuldigen Sie, mein Herr* —permítame usted caballero— nos dice una encantadora rubia, y toma asiento a nuestro lado, con no sabemos qué siniestras intenciones; ótra repite lo mismo y se sienta junto a nosotros; hace ótra lo propio, y en breve esta-